

178

# Biblioteca

## DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,  
Calle del Duque de Alba, n. 13.

178





Es propiedad  
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,  
Ríos, Pérez y Cuesta.

# BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

## EL DIABLO ENAMORADO.

*Drama original en tres actos, por D. GABRIEL ESTRELLA, representado en el teatro del Instituto en el mes de noviembre de 1848.*

*Madrid, agosto de 1848.*

Dedico á usted, padre mio, este drama que se me cayó de entre las manos en mi época de estudiante. Pedir á aquel tiempo de fantasías caballerescas, de ideas incompletas y de inspiraciones irregulares, aunque vigorosas, una producción literaria que no fuese un vivo retrato, sería exigencia prematura. Por eso, yo que sé todo lo que la buena crítica puede decir de mi ensayo, lo dedico á usted, como si quisiera retenerlo de este modo en el hogar paterno; la parte que el público puede tomar en este hecho, no creo, sin embargo, que engendre en mi el arrepentimiento de haber dado á usted una muestra mas de mi profundo cariño.

GABRIEL.

### PERSONAGES.

ALFONSO ONCENO, <i>Rey de Castilla.</i>	UN PAGE.
DON ALVARO.	GUARDIA 1.º
DON RAMIRO, <i>el Diablo Enamorado.</i>	GUARDIA 2.º
DON TELLO, <i>maestre de Calatrava.</i>	GUARDIA 3.º
DOÑA ISABEL.	UN EMBOZADO.
MARIA.	UN MENDIGO.
BUSTOS.	DON JUDAS.
PERO LOPEZ, <i>secretario del Rey.</i>	UNA VIEJA.
ORTIZ, <i>capitan de guardias.</i>	HOMBRE DEL PUEBLO 1.º
ESCUADERO 1.º	HOMBRE 2.º
ESCUADERO 2.º	HOMBRE 3.º
	HOMBRE 4.º
	UN HERALDO.
	<i>Escuderos, soldados y hombres del pueblo que no hablan.</i>

La escena pasa en Toledo en 1....

## ACTO PRIMERO.

Casa de doña Isabel; puertas á derecha é izquierda sobre una grande habitacion; en el fondo, á un lado, una trampa cerrada y oculta.

### ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, MARIA, DON RAMIRO.

RAM. Es fácil finjir al mundo, (*con burla.*) que las tiene en muy gran precio, historias, señor hidalgo, que mas que historias son cuentos: allá en sus rancias leyendas de antiguos y oscuros tiempos, que han sucedido aprendieran, que son posibles creyeron. El pobre vulgo no sabe dudar sobre los sucesos, es harto ignorante y simple para saber dudar de ellos, porque hay quien tenga, ¡mal haya! en conservarlo así ciego, grave interés empeñado, tan grave como perverso.

ALV. Sabeis conocer el vulgo del siglo de Alfonso Onceno: por lo demas, don Ramiro, hay extraordinarios hechos, que es necesario á las veces por evidentes creerlos: puede Dios, y puede cosas que nosotros no sabemos, y para sus altos fines valerse de tales medios....

RAM. Los medios son de los hombres en cosas privadas de ellos. Decid, ¿qué hay de prodigioso



en robar de un monasterio  
á una bella enamorada  
un amante caballero?

ALV. Mucho, sí.

RAM. Nada.

MAR. (Dios mio!)

RAM. Porque estoy en el secreto  
lo digo así.

ALV. (Si sabrá...?)

RAM. No es maravilla por cierto,  
os lo diré. Era de noche,  
dormía en paz el convento:  
de pronto por sus paredes  
saltó un armado encubierto,  
sacó á la que lo aguardaba  
y fuese con ella luego.  
Ya veis, sencillo es el lance,  
cualquiera pudiera hacerlo.

ALV. Pues cuéntanlo de otro modo  
á la verdad muy diverso.  
A deshora de la noche  
se oyó, dicen, un estruendo,  
horrisono, extraordinario,  
como de mas de mil truenos.  
Sobre el mundo parecia  
que se desplomaba el cielo,  
con la lumbre de los rayos,  
con el fragor de los vientos.  
Las monjas se levantaron  
llenas sus almas de miedo,  
y en procesion religiosa  
á orar á la Virgen fueron.  
A esta sazón, de repente,  
sobre un carro de humo y fuego  
horrible vision las para  
de un mágico caballero.  
Pide á la jóven Maria,  
dánsele, y se hunde al momento,  
guitando en voz seca y ronca:  
«Ven con Luzbel al infierno.»

RAM. He aquí un cuento divertido, (*riendo.*)  
produccion de un monasterio!  
Sabeis que las monjas tienen  
muy aventajado ingenio?...  
El Rey habia encomendado  
á su sano y buen consejo  
la jóven fugada...

ALV. Y bien?

RAM. Han inventado ese cuento,  
temiendo que las demanden  
por la falta de su celo.  
Y piensan bien, que por vida...

ALV. Tened la lengua, blasfemo,  
y hablad de vírgenes santas  
con mas mesura y respeto,  
que es de villano al dar suelta  
á lengua y á pensamientos,  
robar su brillo á las honras  
y á las virtudes su premio.

MAR. Alvaro, calla, este jóven (*ap.*)  
sabe .. gran Dios! qué tormento!

RAM. Mucho os poneis de la parte,  
hidalgo, del monasterio.

ALV. Defender la causa suya  
es defender la del cielo.

RAM. Se deja ver, y sobrado,  
que habeis interés en ello;  
otro mayor que el que hubiérais  
solo en su pro combatiendo.

Verdad, señora?

MAR. Yo... ignoro...

ALV. (Violentas sospechas tengo.)  
Respóndeme, te conoce  
este jóven caballero?

MAR. Me ama, mas yo á ti solo, (*ap.*)  
á ti, mi bien, pertenezco.

ALV. Cosas decis, don Ramiro,  
que no es posible entenderos.  
Por qué pedis á esta dama  
razón de vuestros secretos,  
cuando ella saber no debe  
de achaque de asuntos vuestros?

RAM. Callais, y como tal veo,  
recurso á quien me conteste  
para quedar satisfecho.

ALV. Qué quereis saber?

RAM. Oh! nada:  
lo sé bien todo, y es esto;  
la jóven robada es esa,  
vos el diablo...:

ALV. Silencio!

MAR. Alvaro, tente.

ALV. Señora,  
dejadme en paz. Hay misterios  
que tienen honras y vidas  
guardadas en su hondo seno:  
el que llega á penetrarlos,  
penetra en un santo templo,  
donde es un crimen dar voces  
que puedan llegar al pueblo.  
Me entendéis?

RAM. ¿Y si ese crimen,  
don Alvaro, yo perpetró,  
el castigo á él consiguiente  
me lo dá el mundo, ó el cielo?

ALV. Yo, de parte de los dos.

RAM. Pues bien, de los dos lo acepto.

MAR. Sangre que manche mi frente  
vá á derramarse en un reto!  
Y eres tú quien esto hace? (*á Alvaro.*)  
Y vos, señor caballero, (*á Ramiro.*)  
¿es amar á una mujer  
llenarla de desconsuelo?  
Es aumentar sus quebrantos  
probarle un amor mas tierno?  
Así curais de mi honra?

RAM. Recobrad vuestro sosiego;  
entre los dos no hay querella  
que pueda causar un duelo,  
lejos está de nosotros,  
lejos matarnos, muy lejos.

ALV. No te acongojes, Maria,  
no llores, viven los cielos,  
que cada lágrima tuya  
sale á dudar de mi esfuerzo.

RAM. Esto no es nada, señora:  
no hay por aquí rival fiero  
que venga á desconcertar  
las fiestas de un himeneo:  
no hay sed de sangre en alguno  
que quiera vengar desprecios,  
de una tirana hermosura  
en un amante soberbio.  
A ser así, no nos viérais  
de esta manera serenos;  
ni á don Alvaro tranquilo,  
colgados capa y sombrero,  
(*Alvaro se pone la capa y el sombrero, la espada y*



*el puñal, mientras que don Ramiro dice estos versos, correspondiendo á ellos con su respectiva accion.)*

sin espada en la cintura  
y sin puñal en el pecho.  
Viérais que él á mi llegára  
á decirme en voz de trueno....  
«Marchemos al campo, hidalgo.»

ALV. Hidalgo, al campo marchemos.  
*(llegando por detrás.)*

MAR. Oh! por favor, esplicadme...  
A dónde vais, caballeros?

ALV. A merecerte, Maria.

RAM. Señora, á dar un paseo. *(vanse.)*

## ESCENA II.

MARIA.

Deteneos ¡ah! ya se alejan,  
y no es posible á mi afan,  
que cuando así ellos me dejan  
los siga yo á donde van;  
creyendo en el mundo estan  
que ya esta vida he dejado;  
salir de aqui me es vedado  
que es terrible la venganza  
de un pueblo, cuando se lanza  
sobre aquel que lo ha burlado.  
Honor y vida y amante,  
todo en un punto perdiera;  
en solo un rápido instante  
cuánta desgracia y cuán fiera!  
Mas, quién sabe?... quizás fuera  
menos del pueblo el furor,  
quizás viera mi dolor  
con mirada mas piadosa.  
que al fin soy jóven y hermosa  
y mi delito es de amor.

## ESCENA III.

DOÑA ISABEL, MARIA.

MAR. Qué decis vos, madre mia?  
Debo ir tras Alvaro al reto,  
ó es quedarme mas discreto  
aqui en vuestra compañía?  
*(doña Isabel se sorprende.)*  
A un reto. Si: con el mismo  
que es siempre fantasma nuestra:  
sin duda su alma siniestra  
sacó su amor del abismo.  
Madre, qué dura afliccion!  
Horrible era su ironia,  
cada vez que sonreia  
temblaba mi corazon.  
Alvaro de todo ageno  
le hizo agasajo á su entrada,  
¡y era un rayo su mirada!  
¡y era su voz sordo trueno!  
Torció él la plática al lance  
del público robó mio,  
y mas fiero, mas sombrío,  
él mismo provocó el trance.  
Madre, madre, si á mi amor  
mata... gran Dios! separarlo  
yo quiero; corro á salvarlo...  
ah! mas si me ven, qué horror!

ISA. No salgas, hija; tu esposo  
quizás será vencedor  
en ese trance azaroso,

que es bizarro y hazañoso  
y entiende en lances de honor.

MAR. Conque es perdido mi afan?  
Su sangre ellos verterán  
sin que estorbarlo yo pueda?  
Fuerza es, mi madre, que ceda  
cuando á morir por mí van?... *(pausa.)*  
Señor, Señor, yo te ruego *(arrodillada.)*  
que no hayas conmigo enojos;  
á mi destino me entrego,  
sangre quiere el amor ciego  
que vá saltar á mis ojos.  
Si me ves de ella manchada  
no me maldigas despues;  
sangre es á mi consagrada,  
Señor, Señor, más tú ves  
que no estoy de ella culpada.

ISA. Hija, levanta del suelo,  
dá treguas á tu dolor,  
porque con tal desconsuelo,  
mientras tú aumentas tu duelo  
se hace tu pena mayor.  
Si cada mortal llorára  
cuanto tiene que llorar,  
¿quién riera y se alegrára,  
ni cuál entonces llevara  
la carga de su pesar?  
Vé: que un secreto es tu vida;  
tu amor incógnito dura;  
sigue en tu estancia escondida,  
que bien está la flor pura  
del temporal guarecida. *(vase Maria.)*

## ESCENA V.

DON ALFONSO, ISABEL.

ALF. Dios te guarde, Isabel.

ISA. *(El Rey! el padre!)*

ALF. Tarde dirás que á preguntarte vengo  
si has aprendido la verdad del caso;  
cual tú interés en descubrirlo tengo,  
y no perdono hasta lograrlo paso.  
Sabes de nuestra hija?

ISA. Solo, Alfonso,  
que para siempre ya la hemos perdido.

ALF. Eso no, ¡pesiami! quiero encontrarla,  
y allí la encontraré, donde haya ido.

ISA. Pues vé, si eres capaz de ir á buscarla  
donde te diga el pueblo que....

ALF. Señora,  
mis dudas valen mas, no son tan leves  
que del vulgo á la voz desaparezcan,  
y espero que al decirtelas yo ahora  
mas importancia en tu opinion merezcan...  
*(Alfonso ofrece silla y se sientan.)*

Ayer el monasterio de Maria  
estube á visitar; la jardinera  
mostró que hablarne en soledad queria,  
cosa que asaz interesante me era,  
y audiencia yo le dí. Bijome entonces,  
en faz de arrepentida y angustiada,  
que en el lance al diablo atribuido  
no ha tenido el diablo que ver nada.

ISA. Imposible!

ALF. Esperad: ella las puertas  
que dan del interior á los jardines  
pudo dejar para la fuga abiertas,  
y llevaron á cabo su osadia  
el encubierto robador que asombra



con la infeliz y cándida Maria.

ISA. Mintió la jardinera.

ALF. Eso es lo mismo que, en diciéndolo yo, me aseguraron las monjas á su vez; mas como viese que al contestarme así se conturbaron, fué ocasion de que entonces yo creyese que todo era posible: como creo que vos estais en el secreto ansiado, pues conturbada á la sazón os veo, pálido el rostro y con afán sobrado. Hablad de esto, Isabel.

ISA. ¿Y qué deciros de tan vana sospecha?

ALF. Vana, nunca! Es imposible que al redil se vuelva la ovejuela en la noche estraviada por el gran laberinto de la selva, si la adora un pastor de su manada? Por qué no ha de buscar la hija á su madre si es el paño de lágrimas que tiene? Pues no sois vos la misma que en Segovia sus nacientes amores protejia? La que á su entrada al santo monasterio que escojió mi cautela, se oponia?

ISA. La misma soy; su madre que la adora, la que diera cien vidas por la suya, y que perdida á su pesar la llora; perdida por tu causa para siempre, por tu afán en premiar un gran servicio con su mano y su amor; bárbaro premio el que cuesta tan grande sacrificio!

ALF. Cumplir es fuerza la palabra mia.

ISA. ¿Y piensas tú que si á mi hogar llegára del recio temporal ya temerosa, yo que sé lo que anhela tu porfia, para dártela luego, la amparára? No, Alfonso, no; la quiero mas dichosa, yo la quiero feliz.

ALF. Ah! ¿conque es cierto que vive nuestra hija, y que pudiera buscar tu proteccion, si otra en el mundo contra mi enojo paternal no hubiera? Proteccion! ¿y de quién?

ISA. Señor, de nadie: el mortal que el infierno ha arrebatado ni la tiene de Dios.

ALF. Pero el infierno, será, misero yo! que haya tomado alguna parte aqui?

ISA. Todo es posible.

ALF. Posible es en verdad, y horrible duda la que por eso en resolver me afano. Quién sabe si al dudar de este castigo de un castigo del cielo dudo en vano? Ni quien, si un religioso monasterio por temer mis venganzas ha mentido? Ah! no lo sé: mas por mi mal no ignoro, que es maldito de Dios el descreido. Sin embargo, Isabel, es mi promesa para mi tan sagrada, poder tanto tiene en mi corazon, que hora lo has visto, por tener la esperanza de cumplirla, lo que todos ya creen, yo creer resisto. Perdido en este afán, entre estas sombras, sin un rayo de luz que me ilumine, ¿por mas que quiera enderezar mi rumbo, cómo es posible que sin luz camine?

(*quédase profundamente pensativo.*)

ISA. Y por qué en régia calma sosegado, sin lanzarte en tan loco desvario, resignado no estás? (Ah! no me escucha, miedo me dá su suspension, Dios mio!)

ALF. Este es el medio, si. (*vivamente.*)

ISA. Qué es esto, Alfonso?

ALF. No tiembles; ahora poco no decias cuando yo por nuestra hija preguntaba, que nada de ella en tu dolor sabias, si no que allá en la eternidad estaba?

ISA. Lo dije, si.

ALF. Pues bien, vas á jurarlo: del juramento Dios será testigo, nada menos que Dios.

ISA. No es suficiente la voz del pueblo que á la par conmigo?...

ALF. No basta, no, porque engañarse puede.

ISA. Pero nunca mentir.

ALF. Miente engañado.

ISA. Y quién lo engaña aqui?

ALF. No sé, señora, quizás lo sepa cuando hayais jurado. Pero jurad por Dios, por Dios que vengue si mentis en su nombre, el crimen vuestro. Jurad sobre esta cruz. (*la de su puñal.*)

ISA. (Hija Maria! Será que yo á tu amor dé fin siniestro, ó que mienta sacrilega!) Un instante de espacio me dejad (Horrible duda!)

ALF. Para decir verdad teneis bastante, y no he de dar mas que este momento. ¿Si es claro como el sol lo que se afirma, qué tiene que pensar un juramento? Pues no estais vos tan convencida y cierta de que mi joven hija para el mundo sin recurso está ya perdida y muerta?

ISA. Pero jurarlo así!

ALF. Dios os escucha: jurad eso, Isabel

ISA. Oh! no es posible.

ALF. No es posible decis? Venci en la lucha. (*arroja su puñal.*)

Y dónde está....

## ESCENA VI.

Los mismos y MARIA.

MAR. Has vencido, esposo mio? (*saliendo precipitadamente.*) preguntabas por... (*el Rey que estará de espaldas hácia la entrada de Maria, se vuelve al oírta, y todos se sorprenden.*)

ALF. ISA. y MAR. Ah! (*pausa.*)

ALF. (*á Isabel.*) Bien, la cristiana: muy cumplida virtud la vuestra ha sido; al fin tras tanto afán, de una mentira por testigo al Señor no habeis traído. La joven vive aun, para su mengua; que entre el pueblo á ultrajarla convidado, perdiendo vá su honor de lengua en lengua, «Satanás la arrebató, ella ha pecado,» esto dicen, y calla y enmudece; será quizás que guardará el misterio porque á su padre dócil obedece huyéndose del santo monasterio. Sin duda que es por esto.

ISA. Perdonadla; á vuestros pies, Alfonso, os lo suplico, no con tanta crueldad la atormentéis,



por vuestro antiguo amor.

MAR. Madre!

ISA. Si el cielo

otro le dá mas próspero destino  
que el que vos señalabais á Maria,  
oponerse á que siga su camino  
es obrar contra el cielo, es furia impia.  
Dejadla yá que viva con su esposo;  
nada el mundo sabrá de su existencia,  
y bien podreis dejar sin cumplimiento  
la palabra que disteis sin clemencia.  
Perdonadla, señor, todos sus yerros  
que le han costado yá muy tristes llantos:  
¡yerros de amor que la razon perdona!  
¡cuando me amabais vos cometi tantos!

ALF. Aquellos eran yerros, no delitos,  
nunca el delito la razon abona.

MAR. Es delito el amar?

ALF. Por Cristo vivo,  
decid, la niña descompuesta y loca,  
no es en vos un delito imperdonable  
que haciendo de mi ley cuenta tan poca  
seais el cuento del vulgo miserable?  
No es delito el amar, cuando es contrario  
al amor un deber, una promesa  
que es forzoso cumplir, porque es sagrada,  
porque al honor de un padre le interesa?  
Delito es sin perdon.

ISA. Y cual castigo  
que no reprobete Dios desde su altura  
le pudierais vos dar? Con firmes lazos  
ya á su amador la Iglesia la asegura....

ALF. Para romperlos hay recurso en Roma,  
en que me oirá Clemente VI fío:  
mas donde no, de mi verdugo aguardo  
que haga justicia al enemigo mio.  
¡Justicia á ese infeliz que se apasiona  
contrastando la cólera de un padre  
que lleva en su cabeza una corona!  
Quién es el que no cede y se confunde;  
decidme quién es él?

MAR. Ah! no querais  
conocer á una victima en mi esposo;  
mi sangre derramad, toda la mia,  
pero la suya no; no: es horroroso!  
padre mio, perdon! piedad!

ALF. Su nombre?  
MAR. Para mi mas no tiene que el de amante,  
el otro no lo sé.

ALF. Mentis, decillo  
ó al punto morirá si yó....

ISA. Teneos,  
refrenad vuestra furia, vais á oillo.

MAR. Madre, callad.

ALF. Os oigo. Saber quiero  
quién es mi nuevo hijo; no me humilla;  
nada importa; si es un escudero  
yo lo haré Condestable de Castilla.  
Escudero será; si, vive Cristo,  
nunca en hidalgo que de honor blasona  
hacer tal daño y á traicion he visto.

ISA. Pues hidalgo este es: uno mas alto  
que el mismo don Garcí, que Alvar Osorio,  
tan alto como vos; rey de dos cetros,  
y tan sagrado en este territorio.

ALF. Acabad de una vez.

MAR. Silencio, madre.

ISA. Del noble embajador de Aragon hablo.

ALF. Don Alvaro! Es posible?

ISA. Yo lo juro.

ALF. En su medida y seso, él el diablo!

ISA. Ahora ved si debeis algo á su esposa  
de respeto y de honor; ved de que suerte  
para tratarla ya en manera impia  
sois soberano poderoso y fuerte:  
guerra contra otro rey os costaria  
de quien quereis, para vencer al padre  
del derrotado Abomerie, la alianza:  
guerra! Si os atreveis á un desafuero  
se encargará Aragon de la venganza.

ALF. Oh! cuanto os engañais! Como es posible,  
sin que lo tenga el pueblo á gran locura,  
que demande don Alvaro á una jóven  
robada por Luzbel de su clausura?  
¿Qué querella á Aragon que no sea vana  
pudiera de esto dar? Creedme, señora:  
negocios de esta especie con Maria,  
por mas que embajador su esposo sea,  
no pueden deshacer mi pleitesia,  
porque no hay en el pueblo quien los crea;  
mas doy que el pueblo la verdad supiese,  
juro á Dios que cumpliera mi promesa  
aunque el vencer á Alboacen perdiese,  
y malograrse mi atrevida empresa.  
Mientras tanto venid, venid, conmigo.

(á Maria.)

ISA. A dónde os la llevais?

ALF. A mi palacio.

ISA. Esperad.

ALF. Imposible!

MAR. Si, un momento;  
necesito saber de Alvaro solo,  
me falta esto no mas.

ALF. No os falta nada:  
no temais que os conozca el vulgo ciego  
con el traje de dueña disfrazada.

(lo habrá sacado efectivamente puesto, cuando salió  
al principio de esta escena.)

Asi venis muy bien; ¡oh! si parece  
que desalada ya ibais á buscarme.

MAR. Alvaro mio!

ALF. Andad.

ISA. No, no, hombre impio.

Quereis mi único bien arrebatarme?

ALF. Es preciso cumplir lo prometido.

ISA. Pues bien, señor, seré su compañera,  
tal vez su suerte asi menos la aflija,  
iré con vos tambien.

ALF. No, separadas.

Vos aqui, ella conmigo.

MAR. (abrazándose) Madre!

ISA. Hija! (pauza.)

Pobre niña desgraciada,  
nunca á tu padre maldigas....  
Perdonalo. ¡Es tan horrible.

(mirando á don Alfonso.)

la maldiccion de una hija!  
Acaso ya se arrepiente  
de haber turbado tu dicha,  
y el paternal sentimiento  
contrario empeño le inspira,  
que el corazon de un buen padre  
siempre á la piedad se inclina,  
como sabio que comprende  
que en la piedad hay justicia.  
Qué decis vos? ¿No os conmueven  
tanta desgracia en Maria,  
tanta lágrima en mis ojos



que con su duelo os suplican?  
Mirad que si no empañados  
vuestros blasones aun brillan,  
mancharlos muy bien pudieran  
acciones de vos indignas;  
mas no, no los manchareis,  
¿cierto que no?

ALF. Estad tranquila:  
menoscabo no habrá en ellos  
que los tengo en mucha estima:  
por eso, por no mancharlos,  
por no amenguar mi hidalguia,  
ni cedo á vuestras plegarias  
ni quiero mas tiempo oillas.  
Mi promesa ha de cumplirse;  
no hay poder que me lo impida:  
nadie vence á Alfonso el Justo  
cuando por ser justo lidia.  
Venid, vive Cristo ... (á Maria.)

MAR. Madre. (se abrazan.)

ALF. Ternezas no tan prolijas;  
andad.

ISA. A Dios.

MAR. A Dios. ¡Cielos!  
decid á Alvaro que viva...

ALF. Temiendo, si osa afrentarla,  
del rey la potente ira.

(vanse. El rey le echa el velo á Maria otra vez.)

#### ESCENA VII.

DOÑA ISABEL.

¡Temiendo! ¿y por qué ha de ser  
que ahogue su justo encono?  
Porque tu tienes un trono  
y el respetarlo es deber?  
¡Mal haya el hombre inclemente  
que no oye piadosa ley,  
y con el nombre de rey  
sustenta el de delincuente!  
¡Mal haya, padre tirano,  
quien te ciñó esa corona,  
que así delitos abona  
porque son de un soberano!  
Rey nos recuerdas que es ley  
el temor que te debemos;  
nosotros en tí no vemos  
mas que al mal padre y no al rey.  
Alvaro y yo... ¿mas qué digo?  
Que sola estoy es lo cierto:  
don Alvaro quizá ha muerto  
á manos de su enemigo.  
Entonces, ay!... suerte impia,  
¿por qué tan fieros rigores  
sobre los puros amores  
de la inocente Maria?  
Por qué al mundo otra vez lanzas  
una jóven de él huida,  
si vá á ver en esa vida  
tales penas y venganzas?  
Por qué volverla á su padre  
si era sin él tan dichosa?  
Hija infelice y hermosa  
no estabas bien con tu madre?  
No era grato en este asilo  
que el mundo ignorar debía,  
gozar un amor, Maria,  
puro, callado y tranquilo?  
Arder del amor la llama

iluminando este suelo,  
con lumbre que desde el cielo  
pródiga mano derrama?  
¡Oh maternal corazón  
que lloras y sientes tanto!  
Para que enjugues mi llanto  
me acojo á tu inspiracion.  
Qué haré, ¡gran Dios!  
(queda pensativa y recostada en un sitio.)

#### ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL, DON ALVARO.

ALV. (sin ver á Isabel.) Por fin vuelvo  
vencedor de mi enemigo:  
el sacrificio fué horrible,  
horrible, pero preciso;  
amor y honor lo mandaron  
y á honor y amor yo me rindo.  
Un hidalgo jamás llora,  
ni vencedor, ni vencido;  
no hay que llorar, aunque el llanto  
reviente en los ojos mismos.  
Ya está guardado el secreto  
de mi amor en muy buen sitio;  
en el pecho de un cadáver  
que por Dios no ha de decillo.  
¿Quién delito llamará  
á un necesario castigo,  
dado en muy noble contienda  
con propio y grave peligro?  
Remordimiento importuno  
de erimen no cometido,  
deja que llegue á Maria  
para decirle que vivo;  
sereno el rostro agitado,  
y el pecho inquieto, tranquilo.  
Doña Isabel!

(la vé al pasar por delante de ella para el interior  
de la casa.)

ISA. Ah! sois vos!

Vivis? vivis?

ALV. Si, aun existo:  
y sin tener quien se oponga  
al encubierto amor mio:  
ya voy á ser venturoso,  
próspero es ya mi destino:  
¿cierto que en paz con mi esposa  
no habrá mas otro conflicto?  
¿Ni mas que amor, sin pesares  
que turben su regocijo?  
¡Que placer, madre aurosa!  
Vamos á dar á él principio,  
vamos á ver á Maria.  
Venid.

ISA. ¡A verla habeis dicho? (con tristeza.)  
Pluguiera á Dios que eso fuese  
posible á nuestro cariño!

ALV. Señora!

ISA. Jamás se temen,  
por mas que de ellos huyamos,  
jamás ¡ay! lo suficiente,  
contrarios que nos persiguen  
y furros que no ceden,  
sueño que vé el enemigo  
muy triste despertar tiene.

ALV. Pero qué...

ISA. Vos no quisisteis,  
respetando los deberes



de embajador y vasallo  
que os imponen duras leyes,  
retiraros con Maria  
de este reino para siempre.  
Don Alvaro, este fué un sueño  
que vió quien nunca se duerme;  
os ha robado el tesoro  
un hombre que no os lo vuelve.

ALV. Me han robado á mi Maria!  
Pero qué enemigo es ese,  
si lo dejé yo ahora muerto?  
¡muerto! ¿quién sabe?.. Bien puede...  
No: él está muerto; los ojos  
de la venganza no mienten;  
no ven sangre hasta que inunda,  
no ven muerte hasta que hay muerte.  
Mas si el alma bondadosa  
me engañó... ¿Quién fué el aleve  
que me robó mi tesoro  
y que volverlo no quiere?

ISA. El rey!

ALV. El rey! madre, albricias,  
no temais lo que sucede;  
me volverá el rey mi esposa  
sin que otro crimen me cueste.  
¡Cuanto me alegro, Dios mio!  
cuanto el alma os agradece  
no tener ya que lanzarse  
á crímenes que la pierden!  
El justo rey don Alfonso  
ignoraré ciertamente  
que en este lance de amores  
yo soy solo el que entiende.  
Don Alvaro el tan su amigo,  
el que tanto estima y quiere,  
por servicios que le ha hecho  
muy grandes y muchas veces.

ISA. La gratitud, hijo mio,  
sienta muy bien en los reyes,  
y en pechos hidalgos halla  
firmísimo y dulce albergue:  
mas es caña en muchos casos  
que troncha el viento mas leve.  
El rey prometió á Maria:  
cumplir su promesa emprende,  
sabiendo que sois su esposo  
y amenazandoos de muerte.  
Estó entendid, y que en vano  
probareis á conmovelle  
con súplica y triste ruego  
y llanto que sus pies riegue. ..  
Si á demandar vais su gracia,  
que en balde vais se os previene.

(*el teatro se empieza á oscurecer.*)

ALV. Pues entonces, vive el cielo,  
que el rey en su trono tiemble  
á las iras del esposo,  
cuyo tálamo enlutece...  
Pero un esposo terrible:  
el pueblo diablo lo cree,  
y él curará de que el pueblo  
siga en su error y en temerle.  
Doña Isabel, en la lucha  
veries quien de los dos vence:  
un rey no tiene mas fuerza  
que la que el pueblo le preste,  
mas á él se la niega el pueblo  
y entonces ninguna tiene.  
A espíritus infernales

ningun cristiano se atreve;  
soy espíritu infernal,  
el pueblo de mi se aterre,  
y al que contra mi lo manda  
desobedezca rebelde.  
Soy Luzbel... caido del cielo  
de mi amor, nadie se acerque.

ISA. Don Alvaro ¡qué locura!  
decid, ¿qué delirio es ese?

ALV. Delirio de la esperanza  
que loca en el pecho muere;  
muere, si: tal desacato  
no es posible que yo venga  
sin que sangre de un rey corra  
que Dios por amor protege.  
Conquistador don Alfonso,  
propicio el hado os conserve  
para gloria de Castilla  
y terror de los infieles.  
Habeis hollado mi dicha...  
gozaos, buen rey: viudo vedme:  
¡Oh! no temais, me resigno...  
Dios es el juez de los reyes.  
Pero por qué... ¡oh, no venganza!  
no hay ya valla que me arredre.  
Norabuena el rey mi dueño  
de mi en razon se querelle,  
porque en vez de hacer alianzas  
mi fuego á Castilla incendie...  
Norabuena vengan moros  
y la sazón aprovechen  
para ganarnos las tierras  
que luego al reino desmedren...  
y la media luna crezca  
y la cruz cristiana mengue.  
¡Ah! todo esto es posible  
y es fuerza que lo contemple.

ISA. Pensad bien; y en hallar medio  
vuestro consejo se esfuerce,  
de que sin sangre y sin guerra  
nuestros afanes se aprecien,  
que la bondad de una causa  
bien es que en todo se muestre:  
sagacidad y constancia,  
y aunque vos tachen de endeble,  
no como el rey irritado  
puñal vuestro brazo emplee...

ALV. ¡Un puñal! ¿hirió á Maria?  
¡á una hija su padre hiera!  
¿Y vos, y vos me pedis,  
me hablais de que lo respete?  
No lo esperéis: yo haré polvo  
como el del vil suelo ese...

(*al mirar el suelo vé el puñal que dejó arrojado  
el rey.*)

Qué es esto? ¡un puñal! ¡el suyo!  
Gracias, señor ¡oh! ¡buen temple!  
aunque vista uno de malla  
es facil que al pecho llegue;  
como aquel con que ha un momento  
á don Ramiro di muerte...  
Muerte, ¡qué horror! ¡yo tan justo!  
Y otra mas fiera se ofrece!  
¡un padre! ¡un rey!.. no hay remedio.  
Madre, á Dios.

ISA. Hijo, detente,  
no hay sangre aun.

ALV. Oh! es preciso  
que yo mis agravios venga;



doña Isabel, no mi gracia  
tierno vuestro labio impetre.  
A Dios quedad.

ISA. Hijo, aguarda.  
No tu amada vida arriesgues;  
dó vas?

ALV. Del Rey á vengarme.  
(*van hácia la calle.*)

ISA. Morirás si á eso te atreves.

### ESCENA IX.

DOÑA ISABEL.

Desesperada osadía!  
Al trono de un Rey se lanza,  
y es en vano:  
no vá á salvarse Maria,  
y hay que temer la venganza  
del tirano.  
Pondré á su valor barrera,  
iré tras él á palacio  
disfrazada,  
y acaso allí á su alma fiera  
haré caminar á espacio  
mas templada. (*vase hácia la casa.*)

### ESCENA X.

DON RAMIRO, BUSTOS. *Salen por la trampa DON RAMIRO en traje de noche, cubierto de una gran capa larga. Es de noche.*

BUS. Como en tiempos de don Juan  
la trampa y la entrada encuentro.  
No hay nadie. Señor, que afán!  
te vas á quedar ahí dentro?

RAM. Bustos, silencio por Cristo.  
Reserva, sigilo quiero.

BUS. Perdon, Señor caballero.

RAM. Silencio! Nos habrán visto?

BUS. Juzgo que no, mi buen amo,  
mas, ya el peligro conoces,  
que si nos ven y dan voces  
acudirán al reclamo.

RAM. Eso importará bien poco  
con tal de ver á Maria.

BUS. (*ap.*) Un cornado apostaría  
á que el señor está loco.  
Querer robar á una hermosa  
con tal hidalgo por guarda,  
es empresa que acobarda  
al alma mas valerosa.  
Y don Alvaro es muy fuerte;  
allí lo dejó tendido  
de un golpe de espada herido  
con que creyó darle muerte.  
Oh! no ha muerto: pero el mundo  
por muerto á tenerlo vá,  
y el viejo padre iracundo  
venganza al rey pedirá.  
Y él en tanto, y esto pasma,  
á su rival hará guerra,  
de debajo de la tierra  
saliendo como un fantasma.  
Gran prueba de su amor diz  
que es esta rara aventura,  
gran prueba de su locura,  
y seso de codorniz.

RAM. Cuál es, que no lo he hallado,  
de Maria el aposento?

BUS. Ella estaba en el convento  
cuando yo aquí de criado.  
Don Juan y doña Isabel  
á la izquierda; á la derecha  
una dueña con mas fecha  
que la torre de Babel:  
yo en el portal hice el nido.

RAM. Sst.! la noche está cerrada  
y á asuntos de su embajada  
el don Alvaro ha salido;  
sacante de confusion.  
Dime, por dónde me iria  
á sorprender de Maria  
la cándida imprevision?

BUS. Por aquí... no... por allí...  
no sé lo que ahora me pasa,  
que á conocer esta casa  
nadie me aventaja á mi.  
De esa entrada por supuesto  
don Juan solamente y yo  
entendimos; el murió,  
y yo tan solo sé de esto.  
Y en cuanto á...

RAM. Por dónde, digo,  
por dónde hemos de ir? Acaba.

BUS. Ah! Señor, se me olvidaba,  
venid por aquí conmigo.  
Conque tú eres Satanás  
y yo Astarot tu criado?  
Entro contigo embozado  
la echamos mano y no hay mas.

RAM. Ten las teas preparadas  
para alumbrarnos despues.

BUS. Están, señor, y los pies  
por si no vienen bien dadas.

### ESCENA XI.

DONA ISABEL, *disfrazada y cubierta con un velo.*

No sabrá el rey mi salida,  
y plegue á Dios que sea buena,  
y oportuna.

Plegue á Dios, hija querida,  
que haga mas dulce y serena  
tu fortuna.

Tiempo es que ya, suerte impía,  
tiempo es... mas que extraño ruido...?  
yo me espanto.

Campanas y gritería!  
que podrá haber sucedido,  
cielo santo?

### ESCENA XII. (*á media voz.*)

*La misma, y gran número de escuderos, pages, etc.  
en tropel.*

ESCUADERO 1.º Cerrad, si, cerrad; que horror!

ISA. Por qué? ¿Quién... es? ¡qué desman!

ESC. 2.º Se ha aparecido Satan,  
en forma de embajador.

PAGE. Y á don Ramiro ha malado  
hijo del héroe don Tello,  
y está, que no hay mas que vello,  
como un leon irritado,  
con los guardias, gente armada  
de palacio y de gran cuenta,  
porque ver al rey intenta  
y no le dejan entrada.

No, no de lo que ahora os hablo



## ENAMORADO.

se estrañe usarcé y asombre,  
si quiere entrar como un hombre  
pudiendo como un diablo;  
porque es que quiere hacer guerra  
(sin duda es de Dios castigo)  
á modo de un enemigo,  
que va á hacer trizas la tierra.  
El pueblo corre en tropel,  
la iglesia llama á oracion,  
todos tiemblan con razon  
á las iras de Luzbel.

ISA. Lo mismo que presagiaba. (*ap*)  
¡Que haré en este azar, Dios mio!

PAGE. Su cárdeno lábio impio  
Maria, Maria gritaba,  
cual si quisiera con esto  
traer á nuestra memoria  
la triste y medrosa historia  
del robo á vos tan funesto.

ISA. El es.

TODOS. No hay duda que él es!  
qué horror!

RAM. A dónde estarán (*ap. á Bustos.*)  
¡Oh! que placer, allí están?

BUS. Bultos con ella no ves?

RAM. La ocasion!

BUS. Por Dios, detente,  
que es el valor vana prenda  
si lleva puesta la venda  
de frívolo y de imprudente.

ISA. Iré, sí, iré: con mi voz  
quizá ataje su bravura.

PAGE. Qué vais hacer? Es locura.

ESC. 1.º Es espantoso!

ESC. 2.º Es atroz.

ISA. Paso, escudero, soltadme.  
Pages, atrás: esa puerta  
yo vos lo mando, oid .. abierta;  
compadecedme, dejadme.  
Don Alvaro! Y vuestro amor?  
Ah! pasó ya.

PAGE. Por mi vida,  
señora, estais poseida  
del diablo tentador?

ISA. Si... poseida: temblad,  
huid.

TODOS. Compasion! (*de rodillas.*)

RAM. Detente: (*saliendo.*)

tu lábio pérfido miente,  
miserables, de ahí alzá. (*á los arrodillados.*)  
La frente en alto, hácia el cielo,  
y que ninguno se asombre  
al ver en mí á un rico-hombre  
hoy mismo muerto en un duelo.  
Vosotros no sabeis ver,  
ese está muerto, matado!  
yo soy del infierno enviado  
y arrastro allí á esta muger.

TODOS. Jesus mil veces!

ISA. Perdon!

Piedad!

RAM. Piedad! la has tenido (*ap. á Isabel.*)

de ver como me has herido  
el alma y el corazon?  
Id, y á vuestro dueño el rey  
(*á los pages y escuderos.*)  
decid que no cesarán  
los estragos de Satán  
sobre su mísera grey,

si á don Alvaro impostor  
que roba el nombre á Luzbel,  
engañandoos conque es él  
en forma de embajador,  
no arranca la torpe vida,  
por cuyo fin yo suspiro ..  
los manes de don Ramiro  
piden venganza cumplida.

ISA. Y vos? quién sois? Que crueldad!  
Quién sois?... Si el llanto materno...

RAM. Lo sabreis en el infierno,  
venid al infierno, andad.

(*Don Ramiro, doña Isabel y Bustos desaparecen  
con las teas encendidas por la trampa. Los demas  
quedan estupefactos.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Fachada del palacio real con un ancho balcon cerrado sobre la gran puerta. A la derecha, á altura de cuatro pies, una gran ventana abierta y enrejada, y otra á la izquierda igual. Casas laterales divergentes hácia el fondo de la plazuela. En lontananza una torre. Son horas de alta noche.

ESCENA PRIMERA.

*Guardias á la puerta del palacio. Un hombre embozado vestido de negro pasea lentamente por la acera izquierda.*

GUARDIA 1.º Miralo, es cosa que pasma,  
no diré esta boca es mia.

GUAR. 2.º Quién verá con sangre fria  
delante de sí un fantasma!

GUAR. 3.º Jesus! mas negro que un cuervo!  
tiemblo de pies á cabeza.

GUAR. 2.º Que vacila mi firmeza  
por mas que me arrisco, observo.

GUAR. 1.º Yo ya no encuentro vocablos  
para mi miedo, esto asombra.  
¿No veis bailar en la sombra  
una legion de los diablos?

GUAR. 3.º Callad, el rey va á salir,  
y al que entienda hablando de esto,  
ya sabeis lo que ha dispuesto,  
en la horca ha de morir.

ESCENA II.

*Sale BUSTOS y se acerca al embozado DON RAMIRO.*

BUS. Buen chasco estuvo por cierto!  
No, no merece Isabel  
que hagais por ella el papel  
de demonio á mas de muerto.  
Imaginarse en Maria,  
y en Isabel encontrarse!

RAM. Pero supo aprovecharse  
tal lance.

BUS. Por vida mia  
que teneis, señor, razon.

RAM. Queda segura?

BUS. Segura:  
qué en la hija habreis ventura  
si la madre está en prision.

RAM. Y el cadáver?



BUS: Voló ya:  
y la tropa con gran brio  
á un catafalco vacío  
haciendo la guardia está.

RAM. Y tú?

BUS. Yo? Igual á vos:  
veis el traje?

RAM. Si, está bien:  
cuenta con la madre ten:  
yo aguardo á don Lope. Adios.

(Bustos y don Ramiro se van en distintas direcciones; este último despacio y como quien queda en espera por los alrededores.)

### ESCENA III.

Dichos, el REY, y despues el SECRETARIO y comitiva

REY. (saliendo.) Nadie me huya ni se esconda  
porque tema al enemigo:  
si no hay quien venga conmigo  
haré yo solo la ronda.  
Apenas logro animallos  
con estos fieros alardes:  
hembras se han vuelto cobardes  
mis mas valientes vasallos.  
Oh! pues el negocio es serio,  
misterio encierra no visto;  
yo lo sabré, haré por Cristo  
que nade en sangre el misterio.  
No me ha de quedar un duende  
si puedo haberlo á las manos.  
Salid, cobardes, villanos, (á los de adentro.)  
qué torpe miedo os suspende?  
No he dicho, gente sin ley,  
que es mentira eso que cunde?  
Ningun ánimo os infunde  
el alto ejemplo del rey?  
A espíritus infernales  
bien sé que no basta nada:  
no liere en ellos la espada  
ni los asombran puñales.  
Pero á hombres como nosotros,  
nosotros solos bastamos,  
venid, mis vasallos, vamos,  
delante iré de vosotros.  
(al ir á entrar sale don Tello.)  
Quién vá?

### ESCENA IV.

Los mismos y DON TELLO.

TELLO. Señor, es don Tello.

ALF. No os esperaba tan pronto.

TELLO. Aunque mi edad y mis penas  
ya necesitan reposo,  
el servir á un justo rey  
es antes que yo y que todo.  
Puesta ha quedado la guardia  
que mandasteis, don Alfonso,  
y en verdad que tengo quejas  
de tal y tanto desdoro,  
porque de un hijo ya muerto  
mucho se siente el oprobio.

ALF. Don Tello, y si ese hijo vive  
y causa tales trastornos,  
que ni el rey tiene vasallos  
ni paz tiene el territorio,  
¿no es justo que el rey le ponga  
á esos desórdenes coto,

tornando en valor el miedo,  
y en desengaño el asombro?

TELLO. Qué pruebas podeis tener  
para pensar de ese modo?

ALF. Sé que vive don Ramiro  
como que vivo yo propio;  
ese tropel de insensatos  
que viene á contar medroso  
espantos y apariciones,  
ora en un sitio, ora en otro,  
que oye ruido de cadenas  
del viento al mas blando soplo,  
y vé en la llama mas tenue  
ardiendo un infernal horno,  
ni oye bien con sus oidos,  
ni sabe ver con sus ojos.  
Esto Ramiro lo entiende  
mucho mejor que nosotros,  
y en asombrosas sorpresas  
vuelve á mis villanos locos.  
Debe andar por ahí oculto  
huyendo á mi régio encono,  
á pesar de que es osado  
y sé que se atreve á todo.  
Me ha escrito una carta.

TELLO. A vos?

ALF. Cortés me pide, y con hondo  
respeto, que de mi hija  
le dé la mano.

TELLO. Pues cómo?

ALF. Mi hija me ha dicho que él la ama  
de años atrás, y esos odios  
que contra Alvaro desplega  
pidiendo venganza á todos  
por su muerte, de mis pruebas  
son el mas cumplido colmo:  
ademas... aqui, en mi corte,  
yo sé que han matado á otro,  
el cadáver no parece  
y es quizás...

TELLO. Señor! que oprobio!

SEC. O don Ramiro anda tardo, (ap.)  
ó el tiempo con pies de plomo.

ALF. Alvaro mató á Ramiro  
diz de una herida tan solo,  
y el cuerpo que vos teneis  
está en completo destrozo,  
desfigurado y deshecho  
desde los pies hasta el rostro.

TELLO. Pues ved, ved ahí por qué pienso  
que tanta maldad no es obra  
sino del dios del infierno.

Satán es el asesino,  
don Alvaro su instrumento.  
Creedme, rey don Alfonso,  
mi pobre Ramiro es muerto,  
no hay un hijo que haga en vida  
sufrir tanto á un padre viejo.  
Decis que ha escrito una carta  
á vuestra hija pidiendoes?  
Vive acaso vuestra hija?

ALF. Vive: en palacio la tengo,  
y el pueblo á la hora del alba  
vendrá á esta plaza y resuelvo  
que á él sea espuesta allí mi hija  
(señalando á las ventanas de palacio.)  
y allí don Alvaro espuesto.  
Cada uno en cada ventana,  
y yo en el balcon en medio,



haré entonces tales cosas  
que al pueblo quitaré el miedo.

TELLO. Si, castigad á don Alvaro  
con castigo el mas horrendo;  
venganza en nombre de mi hijo,  
venganza en nombre del cielo;  
caiga al punto su cabeza  
y sirva de escarnio al pueblo,  
porque tan solo su muerte  
lo deja todo en sosiego:  
á vos os deja tranquilo,  
á mi vengado y contento,  
y al pueblo tal vez no cause  
tantos temores muriendo;  
quizás, si es que mi hijo vive,  
lo que, señor, aún no creo,  
tema verse en igual trance,  
se aterre al pánico ejemplo,  
y venga pidiéndoos gracia  
traido del escarmiento.

ALF. A don Alvaro un castigo  
terrible ya le prevengo;  
y en cuanto á vuestro hijo, os digo  
como leal amigo vuestro,  
que hagais con él de manera  
que esté de mi corte lejos,  
porque su suerte es la misma  
con que hoy al otro condeno.  
Voy ahora á rondar las calles  
por si en alguna lo encuentro,  
antes que la hora del alba  
roupa el nocturno silencio,  
y venga aquí el pueblo todo  
á mi público consejo.  
Luego traerán á palacio  
de vuestra capilla el cuerpo,  
que en lugar del de Ramiro  
falsaria trama allí ha puesto.  
Vos esperaos, y vereis  
como la respuesta entrego  
de su carta á vuestro hijo...  
Un poco extraño es el medio.

TELLO. Qué! le pensais contestar!  
Cómo!...

ALF. Como él lo ha propuesto.  
La carta por mi balcon  
se ha de arrojar, y encubierto,  
uno vendrá tan valiente  
que la levante del suelo;  
á ese tal, yo con mis manos  
troucharle las suyas pienso.  
La carta ya el secretario  
tiene, y á las cinco es esto.  
Qué decís ahora? Parece  
que estais confuso, don Tello?

(*Ramiro se asoma, de modo que no es visto sino por  
el secretario, que le habrá estado buscando durante  
toda esta escena.*)

RAM. Mucho tarda el secretario. (ap.)

SEC. Aquí está ya: yo me acerco:  
(ap. viendo á Ramiro.)

la carta del Rey tomad,  
mi amigo.

RAM. Mucho agradezco  
vuestro favor, secretario,  
veréis qué bien lo aprovecho. (se separan.)

TELLO. Pero si mi hijo viviera  
creeis que tan indiscreto  
se os viniera así á las manos?

Quizá ese es un lazo nuevo...  
Quién sabe!... yo me confundo,  
y estos embrollos no entiendo.

¡La carta por el balcon  
se habrá de arrojar al suelo!

RAM. No es menester, ya está aquí,  
(*pasando velozmente.*)  
vedla, en mi mano la llevo. (*desaparece.*)

TELLO. Ramiro!

TODOS. El diablo!

ALF. Fantasma,  
yo te seguiré al infierno.  
Bórrenme el nombre de Alfonso  
sino te alcanzo y te venzo. (*vase el Rey.*)

### ESCENA V.

*Los restantes.*

TELLO. Sueño, estoy loco y deliro,  
ó esto es verdad, santos cielos!

GUARDIA 1.º Olor de azufre ha dejado  
tras sí ese fantasma negro.

GUAR. 2.º Desventurado del Rey  
que vá á morir sin remedio!

GUAR. 3.º Dios solo puede salvarnos,  
venid y orad. *Padre nuestro*  
(*colocándose todos en círculo.*)

que estás... En círculo; bien...  
nuestro que estás en los cielos.

SEC. Bien por el buen don Ramiro, (ap.)  
desplega valor é ingenio.  
¡Já! já! de la osada farsa  
el resultado esperemos.

TELLO. No hay duda: era Ramiro, vivo, humano,  
no es él el que se exequia en mi capilla:  
vive el mísero, engaña á un padre anciano  
y el lustre de sus hechos amaneilla:  
el hijo de don Tello es un villano  
mañana se dirá en toda Castilla,  
y reirán mis envidiosos de ello  
y avergonzado callará don Tello.  
Tened hijos, ilustres castellanos,  
y dadles á guardar vuestros blasones,  
ellos barán pedazos con sus manos  
la antigua herencia de tan altos dones:  
Dadles nombre y grandeza, y estad vanos  
porque serán en la pelea leones,  
ellos huirán cobardes, y la gente  
os morderá con su acerado diente.  
¿Cómo yo nunca imaginar pudiera  
que en tan indigna farsa un hijo mio  
ese trage de máscara vistiera  
tan mal usando el heredado brio?  
¡Y yo en él mi esperanza toda entera  
tuve y mi amor!... por qué, destino impio,  
si nació para ser héroe afamado  
en ridiculo duende lo has trocado?  
Un mas torpe baldon de quién se cuenta!  
Medio para evitarlo cómo se halla?  
Mi corazon de cólera rebienta  
aquí en mi pecho en interior batalla;  
confesaré mi oprobio? No, es afrenta,  
y yo nunca pudiera soportalla,  
lo callaré, diré que mi hijo ha muerto,  
y yo haré, si lo encuentro, que sea cierto.  
Mas si la ley, la pena que señalo  
antes que yo le dá... si el Rey se venga...  
Fuerte cosa es que el hijo ha de ser malo  
y sin embargo el padre amor le tenga!



Cuando el suspiro postrimer ya exhalo  
sin un hijo estaré que me sostenga!  
Gran Dios! dame tú el bien porque suspiro,  
vuelve existencia y honra á mi Ramiro!

ESCENA VI.

*Dichos y el REY.*

ALF. Calles y plazas estan  
en silencioso descanso.  
La noche en sus densas sombras  
lo ha envuelto, y yo nada alcanzo.  
Maldita la noche sea  
que encubre y salva á los malos!

Todos. El Rey!

TELLO. Señor, qué habeis visto?

ALF. Nada, he recorrido en vano  
cuantas calles y plazuelas  
hay en uno y otro lado.

TELLO. Oh! se salvó de esta vez. (*ap.*)

GUARDIA 1.º Se convirtió en aire el trasgo.

ALF. Mas aun tengo en esta noche  
esperanza de encontrarlo,  
y he de registrarlo todo  
con ojos como de un Argos.  
Pero mi carta, es posible!  
si la guardó el secretario,  
que pasar haya podido  
de don Ramiro á las manos?  
Ola! mis guardias; á Pero  
Lopez al punto aqui aguardo.

SEC. Señor, vuestro humilde siervo,  
mandad.

ALF. Oid: ha poco rato  
puesto de mi puño y letra  
os dí un papel, y el encargo  
de echarlo por el balcon  
á una señal desde abajo.  
A dónde está ese papel?

SEC. Previsto tenia este paso. (*ap.*)  
En el despacho, señor. (*alto.*)

ALF. Id, traedlo sin retardo. (*vase el secretario.*)

TELLO. Tal vez traerá vuestra carta  
y nuestro ha sido el engaño.  
Yo... á pesar de que es mi hijo,  
ya dudo; es posible al cabo  
y aun disculpable que un jóven...  
luego el amor... sin embargo...  
yo aun creyera que está muerto...  
(*ap.*) y miento como un villano.

ALF. Pues yo estoy firme en que vive,  
y como el sol esto es claro.  
Mal caballero!...

TELLO. Señor!  
Si, decis bien. (¡Oh! yo rabio!)

ALF. Mal caballero hecho duende  
y susto de mis vasallos,  
qué alcanzará de su dama  
sino desdenes y agravios?  
En buen palenque le gana  
por cierto la esquivo mano!  
Un angel como Maria  
para él un torpe diablo!  
El cielo para el infierno!  
Lo bueno para lo malo!

TELLO. Al Rey le sobra razon (*ap.*)  
y yo de cólera estallo:  
callemos, oprobio mio,  
callemos que es necesario. (*sale el secretario.*)

SEC. La carta no está en la mesa,  
señor, y hechos mil pedazos  
sellos, papeles y libros  
estan por el suelo echados;  
todo en la tinta mas negra  
en gran confusion nadando,  
y en humo envuelta la estancia  
imágen viva del caos.

ALF. Me place! bien! vive Cristo!  
se porta el señor hidalgo!

SEC. No, quien se porta soy yo (*ap.*)  
que quedo asi mas en salvo.

ALF. Yo tambien soy su juguete,  
confúndale Dios de un rayo!  
Y mis guardias, no le han visto?  
Pues qué, es invencible acaso?  
Callarán si les pregunto  
con miedo estos insensatos.  
Cuál de vosotros ha visto  
entrar á un hombre en palacio?—  
Ninguno. Los ciega el miedo;  
los enmudece el espanto.  
Mómiás me sirven de guardias;  
donosas para un retablo!  
Ira del cielo! El que muestre  
decaimiento de ánimo,  
á Dios encomiende el alma  
porque á la horca lo mando.  
Seguidme, perros cobardes,  
seguidme, soy vuestro amo.  
Vos, don Tello, que aun dudais,  
y yo la razon alcanzo,  
el exámen del cadáver  
para presenciar quedaos.  
Quién vá allá? (*parte para irse.*)

ESCENA VII.

*Los mismos, mas soldados y ORTIZ.*

ORT. Santa Maria! (*retrocediendo.*)  
Atrás.

ALF. Qué es eso, villanos?

ORT. Ah! es el Rey... tiene una voz (*ap.*)  
tan estentórea... es tan alto...

ALF. Tambien con miedo... llegad;  
venid, soy yo quien os hablo:  
los que traigan el cadáver  
sigan con él á palacio.

ORT. Si decimos simplemente (*ap. á los guardias.*)  
que sin verlo ni notarlo  
se nos ha escapado el muerto,  
sin remedio á la horca vamos.  
Señor, no hay mas que lo dicho,  
vereis qué historia le encajo.  
Señor, en la capilla, (*al Rey.*)  
fuertes como soldados de Castilla,  
en vigilante vela  
hicimos al cadáver centinela;  
cuando de pronto, oh cielo!  
aun se me eriza el pelo,  
por infernales artes  
nuestras lanzas rompiéronse en mil partes;  
nos conturba el espanto,  
la bóveda retumba y se estremece,  
la cabeza levanto,  
y miro que se mece  
en el espacio, de humo rodeada,  
muchedumbre diabólica y armada.  
Señor, callar no puedo



que en tierra dimos todos con el miedo,  
y ya no vimos mas, hasta que quiso  
el cielo que llegase vuestro aviso  
de venir á palacio  
trayéndonos el muerto:  
la vista alcé yo entonces muy despacio,  
y todo estaba ya mudo y desierto:  
solo que en la capilla aun se notaba  
un resplandor sombrío,  
á cuya luz, que apenas alumbraba,  
miré, y ya estaba el túmulo vacío.  
Condenadnos, señor, mas no es posible  
que un cristiano español de esto se asombre;  
es trance muy horrible,  
es mas grande que el ánimo de un hombre.  
Chicós, qué tal el cuento, (à los guardias.)  
no veis qué bien invento?

ALF. El suceso es extraño, (ap.)  
mas tal vez haya en él algun engaño.  
Estos guardias... quién sabe?  
todo lo indigno en los villanos cabe.  
Dinero ó amenazas.  
Yo me daré de descubrirlo trazas.)  
Digisteis que las lanzas se os rompieron  
(à los guardias )  
y las traeis no rotas en la mano?

ORT. (Torpe de mi!) Señor... eso es bien llano,  
(confuso.)

porque á su estado natural volvieron  
despues del duro trance.

ALF. Creo que te turbas, y que en este lance  
al Rey decis un cuento  
de amenazas ó dones obligados,  
y por si acaso me engañais, soldados,  
vais á desengañarme en el tormento.  
Silencio! asi ha de ser, el Rey lo manda,  
y si el infierno anda  
en este enredo, porque asi le plugo,  
libreos del Rey; llevadlos,  
las armas deponed, id y entregadlos,  
ellos dirán verdad á mi verdugo.

#### ESCENA VII.

*Dichos menos los soldados de la capilla y los que los  
han ido á escoltar.*

ALF. El maldito misterio (ap.)  
muy mas árduo vá haciéndose y mas sério,  
y en tanta y tan gran duda  
ni un noble ni un pechero me dá ayuda.  
Ramiro en mi palacio!  
Ramiro donde quiera, aqui presente,  
todo á un tiempo! Si pienso esto despacio,  
quizás voy á temblar como esa gente.  
Delante del villano  
mi valor es extremo,  
pero aqui en mi interior dudo ya y temo  
que esto vá pareciendo sobrehumano.  
El robo de Isabel por otra parte!  
Si no es trama infernal, es de tal modo  
que no puede finjirse con mas arte....  
Todo me ofusca y me confunde todo.  
Pero si ven que en mi valor desmayo  
y luego es don Ramiro, qué merezco?  
Antes me abraze un rayo!  
Cuanto lo pienso mas, mas me enfurezco.  
Nada decis, don Tello?

TELLO. Señor, nada.  
Confuso, he estado oyendo

la relacion pasada,  
y por mas que discurro nada entiendo.  
Si halláramos siquiera  
uno que luz nos diera!  
(Oh! yo bien lo deseo  
porque su muerte y mi ignominia veo.)  
Don Alvaro!... ah! qué idea!  
ese que es su enemigo  
y al par su compañero,  
quizá delator sea  
de las artes que usa y del abrigo  
que esconde á ese embustero.  
Hablar yo mismo con don Alvar quiero.

ALF. Norabuena le hablad, pero su estado  
no promete por cierto  
dar luz á la verdad: desesperado  
unas veces está, grita demente,  
y otras se queda inmóvil como un muerto  
con las uñas clavadas en la frente.  
En aquella ventana  
estará hasta que llegue la mañana.  
Vedlo ya: allí Maria,

(por dentro de las dos ventanas se encienden dos  
lámparas y se ven dos bultos.)

duro os vá á ser el venidero dia!  
No temen á ese tanto  
mis guardias, porque han visto  
que humilde á mi rindióse, vive Cristo,  
como el otro hará en cuanto  
yo pueda arremeterle de hombre á hombre:  
haré que el pueblo de ellos no se asombre.  
A don Alvaro hablad. Soldados, vamos,  
de esta vez lo encontramos.

#### ESCENA VIII.

*DON TELLO y guardias de palacio.*

TELLO. No diré en el consejo  
lo que alcance saber mi afan prolijo,  
yo soy un pobre viejo  
y necesito el báculo de un hijo.  
Pues ya he perdido uno,  
no me dejéis, Dios bueno, sin ninguno.  
De Ramiro el desdoro  
que hace á su estirpe ultraje,  
él borrará en batalla con el moro  
volviendo su esplendor á mi linage.  
Don Tello asi lo espera,  
ó hará que el hijo indigno al punto muera.  
(entra en palacio.)

#### ESCENA IX.

*Aparece un hombre embozado y pasea como en ob-  
servacion. DON ALVARO y DOÑA MARIA, cada uno en  
su ventana.*

ALV. Negra es la noche y medrosa;  
(asomado á la reja.)  
ni estrellas se ven ni luna  
en el cielo;  
y mientras todo reposa,  
maldiciendo mi fortuna  
yo aqui velo.  
Me oigo llamar de la gente  
diablo, en tales consejas  
que dan miedo;  
diablo soy impotente  
cuando romper estas rejas  
ah! no puedo.



Mi sentencia será impia,  
este es mi último suspiro,  
ay me triste!  
morir! dejar á Maria,  
tal vez para don Ramiro  
que aun existe.

Finjóse muerto el villano  
y robará á mi señora  
porque es fuerte:  
jamás! yo no por mi mano,  
mas una habrá que traidora  
le dé muerte.

Antes muera que se engria  
de vivir con la que adoro  
satisfecho:  
sino ha de ser de él Maria,  
la tumba es á mi desdoro  
grato lecho.

Ya está allí mi buen Rui Pero,  
qué aguardo? Escucha, es forzoso  
ya matarlo:  
hazlo, buen Rui, ten dinero,  
toma puñal y huye ansioso  
de encontrarlo.

(arroja un bolsillo y el hombre lo recoge y vase.)

Indigna es esta accion mia;  
mi antiguo honor qué se ha hecho?  
Lo he perdido:  
la suerte es conmigo impia,  
yo estoy de pena y despecho  
sin sentido.

(cae desplomado en un sillón del interior y ya no lo vé el espectador.)

MAR. (asomada á su ventana.)

El pérfido aun no ha llegado,  
y no encontraré consuelo,  
yo, infelice?  
Habrá de ser tan malvado,  
sino me entrego á su anhelo  
como dice?

Don Ramiro! Don Ramiro!  
ser vuestra amante una esposa  
no es posible:  
mas mi madre... yo deliro,  
vuestra carta es alevosa,  
es horrible.

«Si á una fuga no os prestais (lee.)  
»muere vnestra madre amada  
»sin remedio:  
»ved cuál respuesta me dais,  
»que una vez sacrificada  
»ya no hay medio.»  
Valedme aquí, Dios eterno,  
ese es el diablo, no engaña,  
razon tiene:  
solo un alma del infierno  
se atreve á maldad tamaña...  
oh! allí viene.

(se ven aparecer y acercarse dos bultos.)

Qué contestaré á ese hombre?

GUARDIA 1.º No veis allí andar despacio  
á un diablo?

GUAR. 2.º Uno! dos! nadie se asombre,  
entrémonos en palacio...  
guarda, Pablo!

(los guardias entran precipitadamente en palacio y  
cierran la puerta.)

### ESCENA X.

Dichos, DON RAMIRO y BUSTOS.

RAM. (á media voz.)

La carta tiene en su poder Maria,  
no hay remedio, la suerte está ya echada:  
se acerca el fin del juego, ¡ay de mi, Bustos!  
de muerte ó vida es la última jugada.

El Rey contesta que su mano es solo  
para aquel á quien ya la ha prometido:  
su carta toma y rompe, únicamente  
para un lance de magia me ha servido.

BUS. A quién prometió el Rey dar á su hija?

RAM. Qué sé yo! Es una historia: al hijo creó  
de un hidalgo que en Avila años hace,  
la vida le salvó en riesgo estremado.

BUS. Si probarse pudiera que tu padre...

RAM. Es el solo combate en que no ha estado.

BUS. Señor, tanto te dice en esa carta?

RAM. Y mucho mas tambien sobre eso mismo;  
despues estalla en cólera, y me jura  
que á castigarme bajará al abismo;  
furioso está, pardiez.

BUS. Pues ojo al Cristo.

RAM. Marcha ya y á Isabel guarde tu celo.

BUS. Toda su ayuda te conceda el cielo.

(Bustos entra en su casa.)

### ESCENA XI.

Dichos menos BUSTOS.

RAM. Ya es hora: en una reja del palacio  
me dijo el secretario que estaria;  
allí hay luz, (por la reja de Tello.)  
nada advierto... si la llamo  
tal vez se asomará.

ALV. (con dolor.) Maria!

RAM. Maria!

(á media voz y acercándose.)

ALV. (dentro pero con voz clara.)

Un nombre que en mi alma está grabado,  
un nombre que en mis sueños siempre es  
cucho,  
y aumenta siempre la tristeza mia.  
Maria, esclamo llorando, y oigo al eco  
confusamente repetir...

RAM. Maria!

No responde... otra luz! allí está ella,  
allí en la sombra como clara estrella  
la noche tenebrosa iluminando.  
Virgen del cielo candorosa y bella,  
suspiras, muestras pena, estás llorando?  
Cuando tan pura tu dolor ofreces  
á los ojos mortales, mi Maria,  
madre infeliz del Redentor pareces  
en la cruz presenciando su agonía.  
Un secreto pavor ata mi lengua,  
mi mirada se turba, oh! me estremezco,  
ella tanta virtud, yo tanta mengua!  
de ánimo falto y de valor fallezco;  
luchando entre el rigor de mis furioses  
mi bárbara pasión mas abomina:  
perdona mi impiedad; angel de amores,  
Dios á tanta desgracia me destina.  
Vengo á escuchar mi última sentencia.

MAR. No, don Ramiro, á pronunciar la mia.

RAM. Ten, angel puro, de mi amor clemencia.

MAR. Tenedla vos de mi dolor.



**RAM.** (*con melancolia.*) **Maria:**  
Yo soy muy desgraciado, amor ha puesto  
mi corazón en infernal congoja:  
el cielo á castigarme está dispuesto  
y el mundo con horror de sí me arroja...  
Tú lloras, pobre presa, por tu madre  
á quien hoy causo yo la desventura:  
ayer causaste tú la de mi padre  
su ancianidad llenando de amargura.  
Pasará esta tormenta, y tú dichosa  
no volverás á oír bramar el austro,  
consolará á la desgraciada hermosa  
la santa paz del religioso claustro.  
Pero yo... no lo ves? Me he condenado  
á eterna tempestad, á llanto eterno;  
como un hombre que muere en el pecado  
fuera del mundo, estoy en el infierno.  
Siento en el corazón su fuego insano  
que á mis ojos arranca ardiente lloro:  
comprende si padezco y si te adoro,  
y dime ahora, cruel, que es todo en vano.

**MAR.** Quereis otra respuesta por ventura  
de la misiva infeliz víctima vuestra?  
Oh! mal haya mil veces la hermosura  
que una pasión inspira tan siniestra!  
Si me pudiera yo arrancar la mía  
alma y vida guardando al que la he dado,  
don Ramiro, escuchad, vuestra sería  
porque al fin, es verdad, sois desgraciado.  
Mas podeis aun tener suerte dichosa  
si permitis que la razón os rija:  
volved la tierna madre á la fiel hija:  
deber y honor vuestra pasión fogosa  
combatan sin cesar.

**RAM.** Deber has dicho?  
Cielos! qué horror! Acaso... desposada...  
¡Oh, del destino bárbaro capricho!

**MAR.** Si lo estuviera...

**RAM.** Qué!

**MAR.** Si ya casada  
estuviera, qué hariais?

**RAM.** Lo sé acaso?  
En crueles dudas batallara el pecho.  
No me engañes, Maria, es horroroso,  
dicen que es tan sagrado el himeneo!  
Recuerdo que mis padres desde niño  
me inspiraron hácia él mudo respeto:  
mi madre sobre todo: oh! no lo olvido,  
no olvido nunca su postrer consejo.  
«Si intentan las pasiones, me decía,  
»sujetarte á su duro cautiverio,  
»defiéndete de todas, hijo mio:  
»una está ya muy cerca de tu pecho,  
»la pasión del amor; nunca la escuches  
»si no es tu amor legitimo y con freno;  
»tu tálamo sea tuyo, y de los otros  
»no turbes ni profanes el sosiego.»  
Y se inundaba en lágrimas el rostro  
de aquella madre de virtud ejemplo.  
Ah! yo le prometí por consolarla,  
¡pobre niño en amores inesperto!  
que sabría vencer esas pasiones  
de las que soy á la sazón vil siervo.  
Pero dime...

**MAR.** Cederiais si así fuese?

**RAM.** Ceder! no, no: con fuerte mano imprimen  
su sello las pasiones.

**MAR.** Pues sabedlo,  
ese fatal amor es un feo crimen,

don Ramiro, piedad, vive mi esposo,  
no puedo vuestra ser.

**RAM.** Vive? Si? Es cierto?  
Oh! es un crimen atroz; pero hay recurso,  
esperaré, señora, á que haya muerto.  
Hoy subirá al patíbulo.

**MAR.** Dios mio!

**RAM.** Hoy mismo volveré por la respuesta;  
no os libraré de mí, no, vuestro padre:  
no hay quien os libre, la sentencia es esta,  
ya la sabeis: si no quereis ser mía  
morirá sin remedio vuestra madre:  
si al Rey me delatais para libraros,  
él morirá tambien: solo no muere  
si llegais de mis penas á apiádaros.

**MAR.** Esperareis por hoy?

**RAM.** Os lo repito:  
como fiera traidora allí en acecho,  
esperad de mi amor todo delito  
y toda iniquidad de mi despecho.  
Adios.

**MAR.** No hay quien fuerza me dé  
si no me la das, Dios mio!

## ESCENA XII.

**DON TELLO** *por dentro de la reja con DON ALVARO,*  
*asomados hácia afuera.*

**TELLO.** Ahora en don Alvaro fio (*ap.*)  
que el misterio entenderé.  
Don Alvaro, guardaos Dios.

**ALV.** Vos en mi prisión, don Tello!

**TELLO.** Soy yo, sí, pensad en ello,  
y ved qué traeré con vos.  
No os vengo quejas á dar  
ya inútiles, caballero,  
que el honor de un prisionero  
es de nobles respetar.  
Ni vengo porque seais  
de mi hijo el enemigo,  
á ser cobarde testigo  
de la amargura en que estáis.

**ALV.** Sufro, es verdad, mas no tanto  
que á vos os pida consuelo:  
pido, sí, pero es al cielo  
pronto fin á mi quebranto.

**TELLO.** Habrá en la tierra quien gusto  
os dé, don Alvaro, hay ley:  
habeis faltado, y el Rey  
es Rey vengador y justo.  
Del pueblo el loco desorden  
que así lo asombra y agita,  
vuestra sangre necesita  
si ha de recóbrar el orden.  
Duro será para vos  
veros jóven, veros fuerte,  
y recibir una muerte  
que no es sentencia de Dios!  
La prisión será cruel,  
que os deja en pesar profundo  
á la vergüenza del mundo  
espuesto, y al furor de él...

**ALV.** Caballero, habeis mentido:  
vos venis á atormentarme:  
no hableis de eso, eso es matarme;  
decid, á qué sois venido?

**TELLO.** De la vida en la agonía  
bueno hace al hombre el dolor,  
conoce y llora el error



con alma contrita y pia:  
desgraciado: en vos contemplo  
al perdedor de Ramiro:  
rival odioso en vos miro  
que le ha servido de ejemplo:  
demandoos solemnemente,  
(no engañareis á un anciano,  
ni á un padre) todo el arcano  
que aquí se oculta á la gente.  
Salvar á mi hijo es mi objeto  
de la muerte y de la afrenta.

ALV. Salvarlo! Quien eso intenta  
debe guardarse el secreto  
y no decirlo ante mi:  
mas que mi muerte y baldon,  
mucho mas, don Tello, si,  
sintiera su salvacion.  
Ser él de mi esposa dueño!  
Mia ó de nadie: horrible suerte!

TELLO. Alvaro, llega la muerte:  
vais á despertar de un sueño,  
y la verdad ha de ser  
que en despertando os sorprenda,  
terrible, si no hay enmienda,  
que aun es tiempo de poner.  
Mirad: soy un pobre viejo, (*con afecto.*)  
barba blanca, pelo cano,  
el consejo de un anciano  
es siempre el mejor consejo.  
Habeis errado, es verdad;  
¿quién no yerra cuando ama?  
¿A qué jóven de su dama  
no enloquece la beldad?  
Pero la muerte... la afrenta...  
ya veis, tristes cosas son...  
creedme, vuestra pasion  
debe ser menos violenta.  
Tal vez... si á mi hijo salvais  
de la afrenta y de la muerte,  
habrá quien os dé igual suerte...  
á vos que perdido estais.

ALV. Si he de vivir sin mi amada  
para qué la vida quiero?

TELLO. Qué? no teneis, caballero,  
ni una madre idolatrada,  
ni un tierno y querido padre  
de vuestra amante despues?

ALV. No; señor, no tengo madre,  
mi padre no sé quien es.  
Del corazon otra herida  
es esa muy dolorosa;  
sin padre, madre ni esposa  
que puede importar la vida?

TELLO. (Pobre jóven! me enternece:  
por Dios que es muy desgraciado:  
no es en el alma malvado  
cuando en su horfandad padece.)  
Si hubierais padre tenido,  
culto al amor paternal  
prestárais, y no tan mal  
oiriais á un padre aflijido.  
Mas mi voz os conmoviera,  
comprendierais mas mi llanto...  
¡quiere un padre á un hijo tanto!  
y me hablais de que el mio muera!  
El postrer! Porque, escuchad,  
otro en su infancia perdi  
en un incendio.

ALV. Vos!

TELLO. Si,  
ALV. A dónde? Don Tello, hablad.  
TELLO. Por mi os toniais ya interés?

¿Vais por fin mi hijo á salvar?  
ALV. Esa historia heis de acabar  
y os contestaré despues.

En un incendio! y á dónde?  
TELLO. En el de una fortaleza  
que hoy entre escombros y maleza  
su antiguo cimiento esconde:  
es la del Rey.

ALV. ¿Cuántos años  
hace? decid!

TELLO. Treinta y dos.

ALV. Que es esto ¡gran Dios!  
serán de mi fiebre engaños?  
Y de ese incendio no es fama  
que á los moros que lo hicieron,  
soldados de Aragon dieron  
castigo, y de entre la llama  
que incendiára un furor ciego,  
pudieron medio abrasa los  
sacar restos mutilados  
de las victimas del fuego?

TELLO. Que lo sabeis todo infiero:  
de eso que decis colijo  
que vos sabeis de mi hijo...  
habladme de él, caballero.

ALV. Sé mucho de él; vos su padre!  
el niño llevaba al cuello  
un retrato. Ved, don Tello,  
es este? (*saca uno del pecho y se le dá*)

TELLO. Si, el de su madre!  
Mi esposa! Mas justo Dios!  
hablad: en gran duda estoy.

ALV. Vuestro hijo...

TELLO. Decid.

ALV. Yo soy:  
Padre!

TELLO. Tened mi hijo vos!  
¿Es amañobaladí  
que se os vino á la memoria,  
apropiaros una historia  
que es de mi hijo y de mi?  
Asi quereis libertaros  
de la muerte que os aguarda?

ALV. La muerte! la muerte tarda  
lo que no podeis pensaros:  
me rechazais! la razon  
de eso llevo á comprender;  
¿no quereis reconocer  
á un hijo en tal ocasion!  
Un noble siempre es tardio  
en llamar su hijo á un vil hombre,  
que asi desdora su nombre,  
cual vos encontráis el mio.  
Ya lo sé, desdicha fiera!  
Esto solo me faltaba!  
¿Por qué el destino no acaba  
de fijar mi hora postrera?  
¡Yo asesino de mi hermano!  
Id, á Ramiro salvad.

TELLO. Cielos! si será verdad!  
mi hijo! Ya veo que no en vano  
mi corazon presentia...  
ese retrato, esa historia...  
¿no teneis en la memoria  
mas pruebas, de mas valia?  
Sabeis que ya las deseo?



De valiente teneis fama!  
Padre un valiente me llama!  
Lo que decis dudo y créo.  
Pero mi hijo ¡oh! vos no,  
no os puedo reconocer,  
como yo debiera ser  
noble, sin mancha cual yo.

ALV. Porque no como Ramiro  
tan desgraciado, tan ciego...  
id, padre, salvadle luego.

TELLO. De tal empeño me admiro!  
no sois su enemigo vos?

ALV. Volad: ya viene la aurora  
y se me acerca la hora  
de ser juzgado por Dios.

TELLO. Será cierto ¡o confusión!  
ah! que recuerdo! decid,  
del incendio y de la lid  
qué soldado de Aragon  
os salvó, quién?

ALV. Don Hernando  
de Sos.

TELLO. Cielos! el que me dijo  
mi pobre Rui... Perdon, hijo;  
Mi hijo! lo estoy abrazando  
y ha de morir! Y su juez  
yo he sido tambien, yo mismo!  
De este caos en el abismo  
sucumbo, muero esta vez.  
Alvaro! Ramiro! ay triste!  
ya condenados los dos.

ALV. Yo asesino, Santo Dios!  
de mi hermano.

TELLO. Tú! qué hiciste,  
infeliz?

ALV. Es mi rival,  
pretende, adora á Maria,  
y un hombre de parte mia  
lo busca con mi puñal.

TELLO. Dónde está él?

ALV. Ah! lo ignoro,  
pero salvadlo.

TELLO. Y á ti?

ALV. Dejadme morir á mi.

TELLO. Tú, cuando de gozo lloro  
por haberte al fin hallado...!  
Mira... en aquella ventana  
tu esposa está... la mañana  
se acerca... hijo desdichado!  
Habla y no te despidas  
de ella, que no mueres hoy...  
Ramiro!.. Tu!... Padre soy,  
y salvaré vuestras vidas.

(se arranca de los brazos de su hijo y vase precipitadamente.)

## ESCENA XIV.

ALVARO.

Van'á salvarme! Es sueño  
esto que por mi pasa,  
á salvar, al maldito  
que á su hermano mata.  
En buen hora mi padre  
¡ay! en buen hora me halla,  
de sangre la honra mia  
y de oprobio manchada!  
Y mi amante, mi esposa  
está en esa ventana;

tal vez mi dura suerte  
tambien á ella le aguarda.  
Maria... mi Maria.

MAR. Esa voz!... quién me llama?  
Alvaro!

ALV. Cara esposa!

MAR. Eres tú quien me habla?

ALV. Yo, si: yo encarcelado.

MAR. Tú! me duele en el alma;

por mi lleno de oprobio  
y preso por mi causa!

Quizás el sol naciente  
el último es que radia  
en tu frente... Dios mio!

perdónalo, y descarga  
en mi el golpe terrible  
de tu justa venganza.

ALV. No, no; todas sus iras  
sobre mi solo caigan:

bella como el lucero  
que anuncia esta mañana,  
Dios, no quiere tu muerte,  
que á la inocencia ampara.

Completa tú tus dias...  
y yo al sepulcro vaya,

por haber hecho loco  
con mi amor tu desgracia.

MAR. Tu amor es mi ventura,

otro amor y su saña,  
el amor de Ramiro

este llanto me arranca.

¡Oh! mal haya Ramiro,

y mil veces mal haya!

Es su sangre de tigre,

y de tigre su alma.

ALV. Su sangre! es muy noble...  
no sabes, desdichada,

que es Ramiro mi hermano?

MAR. Quién, Ramiro! Que estraña

novedad!.. El tu hermano!

Alvaro, ¡ay triste! te falta

la razon. ¡Estás loco

y tambien por mi causa?

Tu hermano el que te odia!

Tu hermano el que me mata!

No sabes, amor mio,

me ha escrito hoy una carta,

y ó tengo de ser suya

ó á mi madre en venganza

sacrifica; si vieras

por dentro ahora mi alma;

en qué fiero combate,

en qué dudas batalla!

ALV. Qué dices? Es horrible!

Eso... es verdad? Tan mala

es el alma de... pero

la hiel de tus palabras

trastorna mis sentidos

y es hiel sobrado amarga.

Y yo... al fratricida

maldice Dios... pensaba

á ese rival dar muerte...!

Sin duda ya se salva...!

dices bien. yo estoy loco,

y no hay, no, quien me valga.

(se oye toque de campanas del alba.)

MAR. Gran Dios! oyes? La hora

es esta ya del alba.

ALV. Si, si... hermoso dia!



quien verá el de mañana!  
(Los guardias abren la puerta de palacio y empiezan a colocarse en sus puestos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo. Se oye la campana del alba. Grupos del pueblo están esparcidos por la escena. Cruzan grandes personajes y entran en palacio. Don Alvaro y doña Maria se dejan ver por sus respectivas ventanas.

### ESCENA PRIMERA.

UNO. Vino el rey de la ronda?  
OTRO. Y fue la ronda vana.  
PRIMERO. Cuan poco son los hombres lidiando con fantasmas!  
UNA VIEJA. No vé ese consejero que hacía palacio pasa?  
SEGUNDO. (en otro corro.) Hágase allá la vieja, de bruja con semejanza.  
UNO. Hablad, sábio don Judas.  
DON JUDAS. Hoy se arriesga quien habla, hermano, *plura audiamur*, pero *loquumur pauca*.  
PRIMERO. Yo digo que es diablo, tiene muy mala cara.  
SEGUNDO. A mi la hija del rey confieso me dá lástima.  
UN MENDIGO. Por amor de Dios santo (en otro corro.) una limosna.  
UNO. Dala, que hoy el rayo del cielo se enciende y nos amaga (dándole la limosna.)  
MENDIGO. Dios os lo pague, hermano.  
EL HOMBRE. El os ayude y valga. (aparece el embozado á quien en el acto segundo arrojó don Alvaro desde su ventana un puñal.)  
EMBOZADO. Vestido anda de negro (dirigiéndose á la casa de Bustos.) y dentro de esa casa... yo entraré, pero cómo? ah! quizás por la espalda. (va hacia la casa de Bustos.)  
MENDIGO. Dad limosna á un mendigo (saliéndote al paso.) que de hambre se desmaya.  
EMBOZADO. Perdone el importuno y vea si se aparta.  
MENDIGO. Por la pasion de Cristo y por sus cinco llagas.  
EMBOZADO. Que cinco ni que veinte! quitaos de aqui, canalla! (le dá un empellon, lo deja caer y desaparece.)  
MENDIGO. Favor, favor, hermanos, socorro, que me matan.  
UNO. Qué es eso? A un mendigo!  
OTRO. Qué escándalo!  
OTRO. Que infamia!  
OTRO. Quien ultraja á un mendigo al mismo Dios ultraja.  
OTRO. Un embozado ha sido.  
MENDIGO. Luzbel en cuerpo y alma.

(ábrese el balcon principal de palacio y aparecen el rey y algunos caballeros.)

UN HERALDO. Silencio!

TODOS.

Silencio!

ALF.

Nos rey de Castilla

que somos en ella teniente de Dios, cual Dios justiciero nunca hemos mancilla por torpes flaquezas indignas de nos. La ley hoy cumpliendo, con ánimo fuerte que un punto no hay trance que pueda abatir, nos hoy condenamos, don Alvaro á muerte y á afrenta y á escarnio que habrá de sufrir. Tal es la sentencia que damos al hombre que en loca impostura se finjió Luzbel... Por Cristo que el pueblo ya mas no se asom-

bre con miedos que en daño y en mengua son dél. No sois vos cristianos? No haceis bien la guerra al árabe herege que rie de la cruz?

La fé del Dios hombre vuestra alma no encierra?

Su santa doctrina no os sirve de luz?

Vos sois virtuoso, vos, pueblo, sois bueno, por qué esas zozobras turbandoos están?

El justo no teme ni al rayo ni al trueno, ni tiembla á las iras del fiero Satán.

Convierte ese miedo, mi pueblo, en despecho que tantas flaquezas en ti no están bien,

el ánimo antiguo recobre tu pecho que á Dios y á sus leyes y al rey dá sosten.

Te agitas, te esfuerzas? Asi, pueblo mio, don Alvaro burla nos ha hecho cruel.

pues hoy se recobra por dicha tu brio nosotros hagamos tambien burla dél.

Don Alvaro venga. Don Alvaro mismo (dirigese á los guardias.)

no el diablo en su forma, sino él con dolor, él muy humillado, cuando el del abismo es ángel rebelde de horrible valor.

(asoma don Alvaro pálido y cargado de cadenas.)

Llegad, caballero, que el pueblo os espera, sabeis que habeis hecho donoso papel?

A mi, un hombre débil, pardiez! quien dijera que habia de ser nunca mi preso Luzbel.

Verdad que no es gloria muy alta por cierto que no sois diablo de gran corazon,

con trémulos pasos... y pálido y yerto, venis, pobre hidalgo, que dais compasion.

Salid, que os vea el pueblo; decidle en voz clara

que sois necio ó loco, que sois un mortal, muy digno del pago que el rey os prepara

por haber obrado tan vilmente mal.

ALV. Callad, callad, basta... fallezco, Dios mio! oídme un momento, tambien quiero hablar,

hablar! miserable! mi hado es impio... yo debo á sus golpes sufrir y callar.

(se acerca el pueblo á contemplarle y escarnecerle.)

UN HOMBRE. (del pueblo:) Finjirse diablo quien es tan volonio!

OTRO. Vaya una defensa por cierto gentil.

OTRO. No mas que la cara tiene de demonio.

OTRO. Diablo un cobarde tan poco sutil? (le tira de la barba.)

ALV. Dejadme.

ALF. Estad quedo.

UNO. Vaya á la horca presto.

UNA VOZ. (dentro.)



No, plaza á don Tello, no debe morir.

ALV. Don Tello! mi padre! Dios mio!

ALF. Qué es esto?

TELLO. (entrando.)

Don Tello que quiere hacerse ahora oír.

ESCENA II.

Dichos, DON TELLO, en traje de gran maestre de la orden de Calatrava, pueblo.

ALF. Qué extraña demanda es esa?

VARIOS. Silencio, silencio todos.

TELLO. Me place dejais los gritos

que esforzabais como locos,

para dar cebo á la ira

y saciedad al enojo.

me place el alto silencio

que á tantas voces impongo,

como me han partido el alma,

como el corazón me han roto:

yo bien sé que si callais,

pueblo, será por curioso,

esperando en mi mas ira

que vos tenéis junto todo;

porque direis: «de este anciano

»el hijo mató aquel monstruo;

»vendrá, inventando tormentos,

»á satisfacer su encono:

»discurra los mas horribles,

»y los daremos nosotros.»

¡Oh! no, pueblo, os engañais,

yo os digo que lo perdono,

porque si así no lo hiciera

yo fuera, yo fuera el monstruo.

Ademas... ¿por qué delito

dais este escándalo, Alfonso,

rompiendo la mejor lanza

que se enristró contra moros?

Pues locura ha de creerse

la de fingirse demonio;

¿en qué reino se castiga

con pena de muerte á un loco?

Así, señor, se condena

á un caballero al oprobio,

que ganó honor en las lides

y en los consejos decoró?

ALF. Don Tello, tenéis, don Tello;

¿por qué singular trastorno,

vos que pedisteis su muerte

con tal empeño y tal odio,

hora en su pró convertido

faltáis al respeto al trono?

De sentencia que nos damos

el cielo ha de juzgar solo.

TELLO. Pues bien, en nombre del cielo,

rey de Castilla, os exhorto

á que refrenéis las iras,

á que perdoneis piadoso.

La clemencia es en los reyes

aureola de su solio.

¿Qué quereis? Dar paz al pueblo?

Yo vos la ofrezco dar pronto.

Vengar la muerte de mi hijo?

No ha muerto, es mentira todo.

¿De vos y vuestros vasallos

quereis vengar el desdoro?

Nuestra ha sido de él la culpa;

debe vengarse en nosotros;

¿intentais dar escarmiento

con la muerte de este al otro?

Yo os lo traeré tan sumiso

que hunda su frente en el polvo.

Ah! pero vos no quereis

robarme el dulce tesoro

que el cielo al fin de mis días

ofrece á mis tristes ojos...

Pueblo, escuchad mi secreto,

sabedlo de una vez todo:

ese que tanto afrentais,

á quien escupis el rostro,

y con quien el duro escarnio

y el furor llevais al colmo,

no lo creyerais... es mi hijo!

y ved porque lo perdono.

(movimiento de sorpresa en el pueblo.)

ALV. Padre!

TELLO. Hijo... Confíemos,

el pueblo no será sordo

á mis lamentos... el rey...

yo siempre fui de su trono

firme columna... el recuerdo

de tantos hechos heroicos

tal vez á piedad le mueva.

¿Qué decís, rey don Alfonso?

ALF. Digo que estoy sorprendido,

don Tello, de lo que os oigo,

y que á no ser vos, dudara,

si esto es verdad ó es embrollo.

Don Alvaro vuestro hijo!

¿Cómo puede serlo, cómo?...

TELLO. Es el que perdí, señor,

en el incendio famoso

de la antigua fortaleza

que hoy es, junto al Tajo escombro;

habeis visto muchas veces

por él llorando mis ojos.

ALF. Gran pesar me dá la nueva,

y el vuestro hago dolor propio;

pero una sentencia dada

nunca, don Tello, revoco.

La ley del rey justo debe

herir por igual á todos:

si no perdoné á don Alvaro,

ni á vuestro hijo perdono.

TELLO. No lo perdonais? ¿que escucho!

Y ha de morir con oprobio!

Señor... Señor... perdonadlo,

vedme, á vuestros pies me postro.

Yo que, sino ante el altar

jamás me postre de hinojos;

vedme; yo soy aquel héroe

que dió al alarbe asombro,

cuyo valor sin segundo

engrandeció el territorio:

ya de la edad abrumado

la espalda agoviada encorvo,

mas los laureles dan sombra

á las arrugas del rostro.

Nada merece un anciano

que se dió á su patria todo?

No son gracias las que pido,

deudas son estas que cobro...

aun duran mis cicatrices,

y el báculo en que me apoyo

es de una lanza hecha astillas

contra la frente de un moro.

Voces. Viva don Alvaro, viva,

Alf. Alzad, trueno de la guerra



y rayo de mis conquistas,  
alzado, que solo ante el ara  
un héroe hinca las rodillas.  
Vos sois al bien de la patria  
quien todo lo sacrifica!  
Pues bien... un último esfuerzo,  
y consagradle esta victima.  
La ley hollada, su sangre  
en espiacion necesita.  
Valor, don Tello!

**TELLO.** Me falta  
la vez primera en mi vida.

**ALV.** Basta ya, que se envilece  
quien mucho en balde suplica:  
iré al cadalso, á la horca...  
dura será la ignominia...  
pero mi frente serena  
parecerá como limpia.  
Viva, si vive, mi hermano,  
y sea suya ó no Maria...  
descansar en el sepulcro  
un desdichado es gran dicha.

**TELLO.** Bien! Alvaro... se conoce  
que eres sangre de la mia.  
Señor, tan noble, tan bueno! *(al rey.)*  
Y á morir se le destina!  
Ya no hay quien quiera su sangre,  
no veis? La ciudad benigna  
le perdona.

**VOCES.** Gracia! Gracia!  
Viva don Alvaro, viva.

**ALF.** Silencio, pueblo de incautos,  
tu por su perdon me gritas,  
tú que ha un momento furioso  
venganza y muerte pedias?  
Hoy se perdona á este hombre,  
el pueblo justo lo estima,  
y cualquier del mismo modo  
mañana lo aterroriza.  
Tanto escarnio y tanta afrenta  
asi, vasallos, se olvida?  
Por quien con crédulo espanto  
temblaron vuestras familias;  
dejó el soldado sus armas  
y el labrador sus campiñas?  
Quién robó de un monasterio  
profano, audaz, á mi hija,  
del hijo del buen don Tello  
poniendo en lenguas la vida?  
Por quien nuestra justa fama  
de valerosos vacila...  
y quién habrá que el sarcasmo  
del moro burlon resista?  
Don Tello, y vosotros todos,  
ya veis que se necesita  
sostener en este trance  
el decoro de Castilla.  
Impune uno de los reos  
secretamente aun maquina:  
escarmentémosle en este...  
y luego... aunque el otro viva.

*(silencio, pausa.)*

**MAR.** *(como despertando del letargo.)*  
Aun dura el fatal consejo...  
no habrá muerto, ¡qué alegría!  
puedo salvarle... Don Tello,  
antes que otra vez me rinda  
el dolor... venid, llevadme,  
decid al rey que su hija

le quiere hablar... paso, guardias,  
respeto á doña Maria.

*(deja la ventana y desaparece.)*

**TELLO.** Si el amor le sujiriera  
como salvarlo, ¡ah! que dicha:  
de su mano valedora  
Dios tenga á la pobre niña.  
Rey don Alfonso, os lo ruego,  
y el pueblo tambien, oidla.  
*(llega Maria pálida con el cabello desordenado y  
se arroja á los pies del rey.)*

**ALF.** Hija!

**MAR.** Señor! perdona si mi llanto  
llega importuno hasta bañar tus huellas;  
creció el mar de mis lágrimas ya tanto  
que ni dique ni ley hay para ellas:  
tu eres, ó rey, imágen del Dios Santo  
que al sol da luz y brillo á las estrellas,  
oye amoroso la plegaria mia,  
como oye el otro Dios á otra Maria.  
Y asi tus reinos avanzando en tierra  
de Castilla y Leon la raya pasen,  
y al musulman audaz que te haga guerra  
los rayos de tu cólera le abrasen,  
que si alguna piedad tu pecho encierra  
tus ojos hora en lágrimas se arrasen,  
y deponiendo ya el enojo impio  
te mueva á compasion el dolor mio.  
Sangre vierte mi vida desgarrada,  
y está mi corazon de muerte herido,  
piedad, piedad á un alma enamorada  
que para amar no mas de ti ha nacido.  
Pobre muger de Dios desamparada  
que en su primer amor, santa, ha vivido,  
y que jamás debió desde su cuna,  
ni una sonrisa á ti, ni á la fortuna.  
No, padre, no serás tu mi verdugo,  
no matarás al hombre á quien adoro,  
déjame lo que al cielo darne plugo  
mi amor, mi bien, mi único tesoro:  
ya de esperanza y de placer enjugo,  
fiada en tu piedad, mi amargo lloro;  
tu hija triste en su súplica postrera  
misericordia de su rey espera.

**ALF.** Basta, basta, hija querida,  
tu voz al alma me llega;  
si yo rey, soy tu verdugo,  
padre, me afligen tus penas;  
castigos son estos, hija,  
que el cielo á tu amor decreta,  
súfrelos, ya que insensata  
amaste á quien no debieras.  
¿Crees tú que al rey no le duelen,  
porque es rey, llagas ajenas,  
y que él castiga ó perdona  
con bárbara indiferencia?  
Ay no! los reyes son hombres,  
y lloran y han sus miserias:  
tú no sabes, pobre niña,  
lo que una corona pesa,  
cuantos trances y amarguras  
y cuantas lágrimas cuesta.

**MAR.** No, señor, yo ya comprendo  
los males que os atormentan.  
Triste será para un rey  
que á muerte á un hombre condena,  
saber despues de ya muerto  
que fue injusta la sentencia:  
remordimientos horribles,



y devoradoras penas,  
y sombras y tristes sueños  
compaña le harán eterna...  
y verá siempre manchadas  
de sangre sus ropas régias.  
¡Qué horror, que horror, padre mio!  
¡Ay del rey que así se vea!  
¡Ay del rey que mancha el cetro  
de sangre bendita y buena!

*(se oye el tercer toque de la campana. Los dos toques anteriores han debido oírse en las escenas precedentes.)*

ALF. Ois? La fatal campana  
sonó por la vez tercera,  
silencio! la hora es llegada:  
gran Dios, tu voluntad sea.  
Cúmplase en Alvaro el sino  
que el alto cielo le ordena:  
yo en justicia en este trance  
no puedo tener clemencia.

*(se retira el rey precipitadamente: gran sensación en la muchedumbre.)*

#### ESCENA IV.

*Dichos, menos el REY.*

TELLO. Ay, hijo de mis entrañas!

MAR. Ay, de mi amor, dulce prenda!

ALV. Adios, padre! adios, esposa!  
mas que á mi el cielo os proteja.

*(cierra el secretario el balcón de palacio; y llévanse los guardias á don Alvaro; pausa.)*

#### ESCENA V.

DON TELLO y gente del pueblo con grandes muestras de dolor.

TELLO. Recibelo tú, Dios mio, *(arrodillándose.)*

y asíntalo á tu derecha,

por piedad al triste anciano

que en su dolor te lo ruega.

¡Alma joven é inocente

que arroja de si la tierra,

porque en su amor no ha tenido

las nieves de mi cabeza...!

Recibela tú, alto cielo,

que vá sin mancha y es buena.

#### ESCENA VI.

*Los mismos y MARIA.*

MAR. Y ha de morir! vos don Tello,

dejais que vuestro hijo muera...?

Es un crimen! Si, es un crimen!..

¿Y hay pueblo que lo consienta?

A las armas, á las armas...

arranquemos con la fuerza

su victima á los verdugos,

venid, volad, arranquémola.

*(cae sobre los brazos de don Tello vencida de su dolor; vase en tropel la multitud á dar encuentro á don Alvaro.)*

TELLO. Niña infeliz, débil niña,

que te desmayas apenas

á tan osadas palabras

se han atrevido tus quejas?

¿Qué puedes tú contra un trono

que el Dios del cielo sustenta,

ni que noble castellano

habrá que á su rey se atreva?

UNO. Señor, siempre defensores  
la causa que es justa encuentra;  
si vos intentais salvarlo,  
el pueblo su auxilio os presta.

TELLO. Gran Dios, del pueblo!

HOMBRE DEL PUEBLO. Admitis  
en tal conflicto la oferta?

TELLO. Ni mi dolor la rebusa,  
ni mi lealtad la acepta:  
soy padre, y amo á mi hijo,  
soy bueno, y amo al que reina:  
dejadme, amigos, dejadme,  
no os puedo dar mas respuesta,  
no dobleis mis infortunios  
con otras congojas nuevas.

UNA VOZ. Viva don Alvaro.

TODOS. Viva!

OTRA VOZ. Mueran sus verdugos.

TODOS. Mueran!

#### ESCENA VII.

DON TELLO y MARIA.

MAR. Teneos, el rey va á morir!

TELLO. No temas, joven, no temas:  
lloremos; no hay esperanza  
que alivie la afliccion nuestra.

#### ESCENA VIII.

*Dichos y un GUARDIA.*

GUAR. Don Tello, el rey impaciente  
que os presentéis á él espera.

TELLO. ¿Qué quiere el rey con el padre  
del justo que á la horca llevan?

MAR. Quién sabe?... Acaso... ¡ah! que dicha!  
va á revocar su sentencia:  
id, id, y volved al punto  
con la venturosa nueva.

TELLO. Ojalá, pobre Maria,  
que el cielo no te desmienta.

*(vase don Tello y el guardia.)*

#### ESCENA IX.

MARIA, fuera de si.

¿Pues que, nunca, nunca  
seré yo feliz,

yo niña inocente

que á nadie ofendi?

¿Será mi destino,

sin tregua ni fin,

llorar, llorar siempre,

y nunca reir?

Ah! no, no lo espero:

yo sé que entre si,

los bienes y males

se agitan en lid;

la vida nos guarda

mil cambios y mil...

¡lloré yo ya tanto!

Que espero reir.

*(va con loca alegría de una á otra parte del teatro.)*

Mis galas, mis joyas

traed pronto aqui,

ceñidme las sienes

de rosas de Abril;

yo quiero estar bella



como un serafín...  
 ¿No veis que mi esposo  
 va pronto á venir?  
 Volvedme, alegrías,  
 que á mi alma acudis,  
 mis labios de rosa,  
 mi tez de marfil;  
 volvedme mis risas,  
 mis gracias sin fin,  
 yo quiero estar bella  
 porque él va á venir.

### ESCENA X.

MARIA y RAMIRO horriblemente demudado y entristecido.)

MAR. Ramiro, que horror! Ramiro! (retrocediendo.)

RAM. Teneos... miradme con calma; (avanzando con triste lentitud hacia doña Maria.)

yo traigo al infierno en mi alma...

y ved que sereno os miro.

Si vos estais tristemente  
 llorando vuestros amores,

de mi llanto, mis dolores  
 ¡ay! ya secaron la fuente.

Vuestro dolor no me altera,  
 ni á vos os conmueve el mio...

seré con vos tan impio  
 como conmigo sois fiera.

Y ved, que al que audacia tanta

tiene contra un rey tan fuerte,

el mal mayor que es la muerte,

sin duda que no le espanta.

Seguidme.

MAR. Huid, huid, maldito!  
 el infierno os está abierto.

RAM. Vuestro esposo habrá ya muerto,  
 (con honda frialdad.)

y ya mi amor no es delito.

El de su amor vuestro pago

allá á su tumba se lleva...

pagad esta deuda nueva

de amor no menos aciago.

Y cuenta que á mi venganza

podrá morir sin consuelo,

la madre que me dió el cielo

de vuestra deuda en fianza.

Alzado sobre ella queda

de Busto el puñal, Maria;

á sola una señal mia

no habrá quien valerla pueda.

Seguidme.

MAR. Mortal congolja!

Ay de mi!... monstruo inhumano!

RAM. Cesad; vuestro rostro en vano

de vivas perlas se moja

por mas que invoqueis á Dios,

y deis, ó hermosa, en gemir,

vuestra madre ha de morir,

si me retiro sin vos.

Ah! la cólera me ciega; (es saltado.)

ingrata!... muger ingrata!

Ve que su desden me mata

y siempre á mi amor se niega!

¡Ve el suplicio, Dios eterno,

de este fuego que me quema,

que tu voluntad suprema

tal vez no dá en el infierno!

¡De mis ojos seco el llanto

vé, y amarilla mi frente...

y ciega y sorda, inclemente,

en nada tiene amor tanto!

¿Para esto, y con vil mancilla

de mi, alto blason guerrero,

ya de farsante embustero

suená mi nombre en Castilla?

¿Y el rey... y mi anciano padre?

Oh! no hay remedio, Maria,

ó consentis en ser mia,

ó es víctima vuestra madre.

MAR. Fortalecedme, Dios mio,

que debí ya desfallecer

dejadme... yo os aborrezco

hombre cruel! hombre impio!

De donde esa pasión loca

aprendisteis? De qué fiera?...  
 Mil veces antes yo muera

que os hable de amor mi boca.

RAM. No tengo rival, sois mia,

me seguiréis.

MAR. No, no os sigo.

RAM. Qué ósais decir?

MAR. Que os maldigo

y que os detesto.

RAM. Maria!

Y vuestra madre?

MAR. En el cielo

benedicirá mi firmeza.

RAM. Su sangre vuestra cabeza

manchará, al bañar el suelo!

MAR. No: manchará al que la liera;

tan solo caerá sobre vos...  
 miserable!

RAM. ¡Ira de Dios!

¿Y consentireis que muera

por no amarme?

MAR. Si, malvado.

RAM. (con desesperacion.)

Si! Si!... pues ved la señal.

(desenvaina su puñal y lo levanta en alto.)

Yo no hay remedio, un puñal

como este en ella han clavado.

MAR. Madre infeliz! madre mia!...

Barbaro, atroz asesino!

RAM. Esa muerte que fulmino

no aplaca aún mi saña impia.

Me has de amar, me has de seguir....

lo quiero, lo mando; ¡loca!

me ha de hablar de amor tu boca,

ó tambien tu has de morir.

MAR. Socorro!

RAM. No vendrán, no,

se aterrarán á mi vista.

¿Quién habrá que me resista?

¿Quién ha de librarte?

### ESCENA XI.

Dichos y DOÑA ISABEL.

ISA. Yo.

(interponiéndose precipitadamente.)

RAM. Doña Isabel!

MAR. Madre mia!

ISA. No temas, ya estás segura:

el Dios que al malo confunde,

piadoso, de ese te escenda.

Mira ya como su rostro

entre las manos oculta...



Oh! la ignominia así esconde,  
que al fin le vence y le abruma.  
Insensato! hoye la muerte  
que aquí llegará en tu busca:  
sálvate.... yo te perdono,  
por impotentes, tus culpas.

RAM. Mi salvacion es la muerte,  
y no espereis que la huya.  
Maldicion! Por qué los cielos  
contra mi amor se conjuran?  
Estais aquí? Quién os trajo?  
Quién os salvó de mi furia?

ISA. Un hombre que mató á Bustos,  
que un angel era sin duda.  
El cielo á tanta inocencia  
no deja de amparar nunca.  
Pobre niña! al fin tu llanto  
Dios compadece y enjuga...

RAM. Bien! Bien! no será ya mía:  
no hay esperanza ninguna:  
Resignacion, si.... qué rabia!  
resignacion, ah! en la tumba.  
Madre, madre, por piedad....

(postrado y con delirio á doña Isabel.)  
yo la amo.... calmad mi angustia.  
Ved... mi frente está amarilla,  
mi pecho el dolor ianda....  
yo la adoro, y he vertido  
por ella lágrimas muchas...  
no habrá esposo que á su esposa  
consagre tanta ternura.

ISA. Infame! humíllate y llora,  
y así tu arrogancia sufra;  
solo falta esa vileza  
que llegue á colmar las tuyas.

RAM. Ah! deponed ese enojo,  
¿por qué me decís injurias?...  
No ois, no ois una cosa  
que aquí en mi cerebro zumba?  
Es la muerte que se acerca,  
y el vértigo que la anuncia.  
Ay de mi! mi voz se apaga,  
mi vista débil se ofusca....  
¿Para qué esas negras sombras  
sobre mi en tropel se juntan?...  
Angel de mi amor, Maria,  
yo muero.... mi voz voz escucha.

(se oye distintamente un ruido sordo de voces confusas y lejanas.)

MAR. Se oyen voces, madre mía;  
tal vez en motin las turbas  
salvan á Alvaro irritadas  
al ver su sentencia injusta.  
Oh! plegue á Dios que le salven  
venciendo en su santa pugna.

RAM. Oh! mi pecho en celos arde!...  
No esperés, no, que tu esposo  
vuelva en su seno á estrecharte.  
Llora; vierte por los ojos,  
á falta de llanto, sangre...  
nunca podré yo decirte (rie estrepitosamente.)  
lo que esas penas me placen.

UNA VOZ. (fuera.) Viva Alfonso el justiciero!

RAM. Oyes? pues son las señales  
de que el Rey hace justicia  
con Alvaro en este instante.

MAR. Que recuerdo!

RAM. Delicioso  
es el placer de vengarse!

¿Para que te amé yo nunca (rie.)  
si gozo mas en odiarte?

MAR. Escuchad! (con ansiedad.)

RAM. Me importunais,  
idos ya; yo no amo á nadie...  
temed que á entrambas del pecho  
el corazon os arranque.

MAR. Pero oid!

RAM. Quiero estar solo,  
solo con la luz y el aire.  
(dirije á Maria hácia palacio.)

## ESCENA XII.

Dichos, DON TELLO, y el Secretario del Rey.

TELLO. Que vuelva á palacio el reo  
(al Secretario.)  
decid á los que le guarden.

(vase el Secretario.)

ISA. Don Tello!

TELLO. Doña Isabel,  
vos aquí?

RAM. (ap.) Cielos! mi padre!  
(se retira junto á la reja donde estuvo Maria, y se emboza.)

ISA. (á Tello.) Si, es un milagro, es un sueño,  
mas no es tiempo de esplicarle:  
decid....

MAR. Le perdonó el Rey?

TELLO. No, si no renunciáis antes  
él y vos, y para siempre,  
á vuestro fatal enlace:  
si consentis, vos á un claustro,  
y el á perpétua carcel.

RAM. (ap.) Que oigo!

MAR. Gran Dios! un castigo  
mayor nos da su barbarie.

ISA. Bien: ya salvasteis á uno  
allí está el otro; salvadle.

TELLO. Cómo! Ramiro!

ISA. Hija mía,  
la paz del claustró te ampare.  
(suben á palacio doña Isabel y Maria.)

## ESCENA XIII.

DON TELLO y DON RAMIRO.

RAM. Ingrata! morir me deja!  
ni me da el á Dios postrero:  
ve que por ella ahora muero  
y huye mi amor y se aleja!  
Ah! moriré sin consuelo,  
que el infeliz que padece,  
ni al mundo piedad merece,  
no... ni la alcanza del cielo.  
Vámonos de aquí.

TELLO. Hijo mio!  
ay! á que riesgos te espones!  
(trayéndolo al proscenio.)

Que grande es de las pasiones  
y que infausto el poderio!  
Cuán pálido y demudado!  
Incauto! Qué mal te enfrenas!  
De tu juventud tus penas  
que débil resto han dejádo!  
Ramiro, dame los brazos,  
(acercándose á Ramiro.)

llega, á mi amor no rehúsa,  
si algun recuerdo te acusa,



ven, acallémoslo á abrazos.

RAM. Don Tello!

TELLO. Que! No obedeces?

Despues de tan larga ausencia  
tan fatal te es mi presencia,  
hijo, que aun no la apetece?  
Llega; que si no te loco,  
como ya te lloré muerto,  
dudaré de si esto es cierto,  
ó es sueño, ó es que estoy loco;  
ven, hijo, á mis brazos ven,  
la frente en alto levanta;  
en hombre que á un pueblo espanta  
tal confusion no está bien.

RAM. Caiga el rigor de la ley  
sobre mi, firme lo espero;  
id, anciano caballero,  
id y delatadme al rey.  
Vos alcanzando el perdon  
de mi mayor enemigo,  
un padre!

TELLO. El cielo es testigo  
que cumplo mi obligacion.  
Y al cumplirla, alegre, ufano  
que debes estar colijo,  
que don Alvaro es mi hijo  
y, piénsalo bien, tu hermano.

RAM. Cielos! azote mas duro  
sobre mi tu ira descarga!  
Esposo! Palabra amarga!  
Hermano! Horrible conjuro!  
Si de un crimen en huida  
espero á que muerto esté,  
galan traidor no seré,  
pero seré fraticida.  
¡Oh! no hay remedio: hoy del rey  
me mostraré á la presencia,  
y caiga en mi sin clemencia  
la venganza de la ley.

TELLO. Que! Insistirás en un crimen  
deshonroso con esceso?

RAM. Ay! no puedo con el peso  
de los males que me oprimen.

TELLO. Pero tu muerte es segura  
si aqui permaneces, huye:  
qué angel malo en tu alma influye  
que así á tu fin te apresura?  
Hijo, viviendo podrás  
cobrar tu fama perdida,  
pero si pierdes la vida  
no la recobres jamás.  
Eres joven, muchos años  
quizá aun te guarda el destino,  
yo he andado ya ese camino  
sembrado de desengaños.  
Qué crees que de ti dirán  
si mueres? Pues por quien soy  
si te compadecen hoy  
mañana te olvidarán.  
Yo mismo, yo que te adoro  
haré mi mal mas liviano,  
consolado por tu hermano  
que enjugará al fin mi lloro.  
Alvaro el sosten será  
de mi ancianidad doliente....  
tú... te tendré por ausente  
que se halla bien por allá.

RAM. Qué decis? Estais en vos!  
Don Alvaro por ventura

aun tiene vida?

TELLO. Y segura  
los años que quiera Dios.

RAM. Y el rey?

TELLO. Lo ha otorgado así,  
que don Alvaro al fin es  
enviado aragonés  
y alcanza fueros aqui.  
Nuestro rey al de Aragon,  
aunque es muy justo el castigo,  
en nuestra de atento amigo  
le regala este perdon.  
Asi se anuda con esto  
mas y mas su pleitesia.

RAM. Ah! decidme, y de Maria  
qué es lo que el rey ha dispuesto?

TELLO. En el claustro ha de esperar  
á su esposo prometido.

RAM. Necios! y no han advertido  
que Luzbel la irá á robar.

TELLO. El por perpétua prision  
perdon de su vida alcanza,

RAM. ¡Oh! no mueras, esperanza,  
alégrate, corazón.

Decidme, y nunca jamás,  
nunca tornaránse á unir?

TELLO. Solo despues de morir  
allá en el cielo quizás.

RAM. Pero su union.

TELLO. Va á anularse.

RAM (ap.) Bien: ellos tambien lloren;  
qué me importa que se adoren  
si nunca habrán de juntarse?  
Alvaro cobarde sea  
y arrastre en cárcel oscura  
su vida y su desventura,  
mas quien la muerte desea,  
la paz del sepulcro elije  
por enamorada esposa;  
pensais que el cadalso es cosa  
que mi alma rasgada aflije?  
Termine mi infausta vida.

(suenan rumores que han debido comenzar desde los  
versos anteriores.)

TELLO. Cual muestra su regocijo  
porque vive mi otro hijo  
esa turba agradecida.

VOCES. Viva!

TELLO. Aqui nos detendrán  
y á solas estar anhelo.

(don Tello aparta á Ramiro que lo sigue maqui-  
nalmente.)

¿Me negarás el consuelo  
de dar treguas á tu afan?

ESCENA XIV.

Entran en desorden gentes del pueblo.

UNO. Gran hecho!

OTRO. Notable accion.

PRIMERO. Viva el Rey!

TODOS. Viva!

PRIMERO. Escuchad,  
no griteis.

SEGUNDO. Si, si, callad  
que el Rey asoma al balcon.

ESCENA XV.

Aparece el REY en el balcon, acompañado de AL-  
VARO, SECRETARIO, guardias, etc.

ALF. Esta es justicia en Castilla.



Yo dí de Maria la mano  
al hijo de un castellano  
que de enemiga cuchilla  
salvó en mi persona al Rey:  
hijo adoptado, he sabido  
que es Alvaro el prometido,  
y cumplo de honor la ley.  
El cuerpo muerto de un hombre  
que Hernando Sos se apellida,  
fé de matrimonio y vida  
vino á dar de Alvaro al nombre.  
Hernando por rara suerte  
fué el que suplantó á Ramiro.  
Dios dá á la justicia el giro,  
y en favor de Alvar me advierte.  
Antes la befa sufrí  
mia y de mis vasallos fieles,  
y el Rey sentencias crueles  
aquí en su contra dictó.  
Ahora puesto en libertad  
yo las cadenas le quito:  
así castigo el delito,  
así premio la lealtad.

(*el Rey se retira y don Alvaro, etc. etc.*)

TELLO. Ah!

TODOS. Viva!

UNO. Qué auto tan lleno  
de ciencia!

OTRO. Muy sábio fué.

RAM. Feliz Alvaro, y yo... (*ap.*)

PRIMERO. Que

bueno es un Rey cuando es bueno!

SEGUNDO. Qué pensais, don Judas, vos?

PRIMERO. Pues este embozado rabia.

(*ap. viendo á don Ramiro.*)

DON JUDAS. Bien dige: *Domine labia  
mea aperies*: ábrelos, Dios.

PRIMERO. VAMOS á correr noticias.

SEGUNDO. Si, y á buscar á don Tello.

TERCERO. Qué contento tendrá en ello!

CUARTO. Y nos dará las albricias! (*vanse todos.*)

### ESCENA XVI.

DON TELLO, DON RAMIRO.

TELLO. Ramiro, hijo del alma, no comprendes  
cuán grande es mi ansiedad? A Alvaro espero:  
no te alegras, Ramiro? No circula  
en tus venas el gozo que en mi siento?  
Le estrecharé en mis brazos: mi Ramiro  
tambien le estrechará... Pero qué veo?  
Oh Dios! pronto olvidé que tengo un hijo  
de alma mezquina y vengativo pecho.  
Ramiro, no perdonas?

RAM. (*pensativo.*) El dichoso  
y yo infeliz!

TELLO. Mas...

RAM. No!

TELLO. Qué estás diciendo?

RAM. No puedo perdonar; de las pasiones  
el bárbaro poder rije mi pecho:  
y si callo, si inmóvil me resigno  
es que á mayor venganza me reservo.

TELLO. Qué intentas?

RAM. O el patíbulo afrentoso,  
ó guerra fratricida.

TELLO. Te aborrezco.

(*don Ramiro se muestra entre indignado y sobre-  
cojido.*)

Qué dige? No, la compasion merceces,  
pues eres desgraciado. Los trofeos  
olvidarás que en cantidad copiosa  
recojieron tus inclitos abuelos?  
Qué vergüenza! Qué horror! El cielo guarda  
pena mayor al criminal; su eterno  
castigo añade al de la tierra: ¡ay! teme  
su castigo tan justo como cierto.  
Vive, si, hijo infeliz, la vida tiene  
para el mas cruel dolor mayor consuelo,  
pero vive con honra: tiembla, tiembla  
la horrenda maldicion de Cain perverso.  
Vive, y vive feliz.

RAM. Y qué es la vida  
al que cruza sus áridos desiertos,  
muerta la fé en el alma, y ya marchita  
la esperanza del bien sin dulces sueños,  
que en campos de oro la ilusion repóse?  
¡Oh, mil veces feliz quien muere en ellos!

TELLO. Y el honor? Y la gloria? Y los combates?  
Y de la patria el bienestar?

### ESCENA ULTIMA.

Dichos; DOÑA ISABEL, DON ALVARO y MARIA salen de  
palacio.

ISA. Don Tello!

ALV. Padre!

TELLO. Oh gozo!

ISA. Ramiro!

(*estrechando á Ramiro.*)

MAR. (*á Ramiro.*) Hermano mio!

RAM. Oh! ya me salvo de mi propio infierno!

Padre, hermanos! así...

(*Ramiro devuelve con efusion los abrazos.*)

TELLO. Dios de clemencia!

Tu bendicion derrama sobre ellos.

Gracias demos al rey, venid.

RAM. Si, padre,

que yo el justo castigo de mis yerros  
quiero pedirle.

TELLO. Insistes?

RAM. Vuestras dichas

demandaré, y el fin de mi tormento.

Caballo y lanza pediré, y al mundo

daré de alto valor heróico ejemplo:

del árabe terror, el nombre mio

vereis orlado de laurel sangriento,

y en el raudal que vierta la ancha herida

hallaré, desgraciado y caballero,

la muerte que demandan mis desgracias,

la gloria que me piden mis abuelos.

(*cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1848.

IMPRESA DE D. VICENTE DE LALANA:

Calle del duque de Alba, n. 13.



1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900



# Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

## TRADUCCIONES.

### EN UN ACTO.

D. Canuto el estanquero.  
El paje de Woodstock.  
La Barbera del Escorial.  
El derecho de primogenitura.  
Un buen marido!  
La vida por partida doble.  
Percances de la vida.  
El maestro de escuela.  
La hija del bandido.  
La muger eléctrica.  
El confidente de su muger.  
La viuda de 15 años.  
La pupila y la péndola.  
Mas vale tarde que nunca.  
La cocinera casada.  
Tom-Pus, ó el marido confiado.  
Dos contra uno.  
El marido de la Reina.  
Con todos y con ninguno.  
Perder y ganar un trono.  
El hijo de mi muger.  
Inventor, bravo y barbero.  
Un cuarto con dos camas.  
Muerto civilmente.  
—El doctor Capirote.  
—Los dos maridos.  
A un tiempo amante y hermana.  
El mudo por compromiso ó las emociones.  
Un Juan Lanás.  
Las camaristas de la Reina.  
—Una muchachada.  
El usurero.  
Una cabeza de ministro!  
El raptor y la cantante.  
Una noche á la intemperie.  
Memorias de dos jóvenes casadas.  
Un diablillo con faldas.

### EN DOS ACTOS.

El rey de los criados y acertar por carambola.  
La hija de mi tío.  
César, ó el perro del castillo.  
Un pariente millonario.  
Los soldados del rey de Roma.  
La modista alferez.  
Un avaro.  
El lazo de Margarita.  
El Guarda-bosque.  
El diablo nocturno.

Un casamiento con la mano izquierda.  
Un padre para mi amigo.  
La protegida sin saberlo.  
Una broma pesada.  
El Corregidor de Madrid.  
El caballero de Griñon.  
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza.  
Un mosquetero de Luis XIII.  
El robo de un hijo.  
Los pasteles de Maria Michón.  
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento.  
—Las dos épocas, ó el republicano generoso.  
Cuando quiere una muger!!

### EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.  
Un día de libertad.  
La Abadía de Penmarck.  
El vivo retrato.  
El diablo y la bruja.  
Casarse á oscuras.  
Deshonrar por gratitud.  
—La desposada.  
El novio de Buitrago.  
El guante y el abanico.  
Clara Harlow.  
Uno de tantos bribones.  
Julian el carpintero.  
El zapatero de Londres.  
Los templarios, ó la encomienda de Aviñon.  
Reinar contra su gusto.  
El tarambana.  
Los mosqueteros de la Reina.  
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia.  
Luchar contra el destino.  
Una cura por homeopatía.  
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.  
—La boda y el testamento.  
No ha de tocarse á la reina.

### EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.  
La mano derecha y la mano izquierda.  
El doctor negro.  
Beltran el marino.

### EN CINCO ACTOS.

La hermana del soldado.

Los misterios de París, primera parte.  
Idem segunda parte.  
Fausto de Underwal.  
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.  
Las intrigas de una corte.  
El agiotage ó el oficio de moda.  
La hermana del carretero.  
La Corona de Ferrara.  
En la falta vá el castigo.  
Las huérfanas de Amberes.  
Las colegialas de Saint-Cyr.  
—Páris el gitano.  
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio.  
El diablo en Madrid.  
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuze.  
La hija del Regente.  
El castillo de S. Mauro.  
Fuerte-Espada el aventurero.  
La noche de S. Bartolomé de 1572.  
El nudo Gordiano.  
—Juana Grey.  
La Alquería de Bretaña.  
Gustavo III ó la conjuración de Suecia.  
Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, 6 cuadros.  
Los mosqueteros, id.  
El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.  
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.  
El médico negro, 7 cuadros.  
El mercado de Londres, id.  
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

## ORIGINALES.

### EN UN ACTO.

Paraguas y sombrillas.  
La dama en el guarda-ropa.  
Ansias matrimoniales.  
Perder el tiempo.  
Un error de ortografía.  
La joven y el zapatero.  
La batalla de Clavijo.  
Engaños por desengaños.  
Una conspiración.  
Tanto por tanto, ó la capa roja.  
Un casamiento por poderes.  
Estudios históricos.  
La posada de Currillo.  
Dos y ninguno.  
Juf que jembra.



Una actriz improvisada.  
—El marinero, ó un matrimonio repentino.  
José Maria, ó vida nueva.  
La feria de Ronda.  
De Cádiz al Puerto.  
Es el demonio!!  
El andaluz en el baile.  
—Un tio como otro cualquiera.  
El cautivo de Lepanto.  
El tio y el sobrino.  
Ilusiones.  
La cantinera.  
La ley del embudo.  
La Perla sevillana.

#### EN DOS ACTOS.

En la confianza está el peligro.  
Si acabarán los enredos?  
Juan de las Viñas.  
Mateo el veterano.  
El premio grande.  
El hermano del artista.

#### EN TRES ACTOS.

Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes.

El mèdico de su honra.  
—Yo por vos y vos por otro!!  
Los infantes de Carrion.  
La reina Sibila.  
Un motin contra Esquilache.  
La ilusion ministerial.  
Luchar contra el sino.—La sortija del rey.  
El coronel y el tambor.  
El último amor.  
Perder fortuna y privanza.  
Hasta los muertos conspiran.  
No hay miel sin hiel.  
A las máscaras en coche.  
Con sangre el honor se venga.  
El favorito y el Rey.  
La cruz de la torre blanca.  
El aventurero español.  
La conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon.  
—El hombre azul.  
El arquero y el Rey.  
Desengaños de la vida.  
El caudillo de Zamora.  
Escarmientos y lecciones.  
—Como á padre y como á rey.

#### EN CUATRO ACTOS.

—Pobreza no es vileza.  
El trápero de Madrid.

El pacto con Satanás.  
Valentina Valentona.  
A tal accion tal castigo.  
El honor de un castellano y deber de una muger.  
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla.  
Azares de una privanza.  
El Peregrino.  
Una noche en Venecia.  
Amante y Caballero.  
—El mèdico de un monarca.  
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar.  
El mèdico de su honra.

#### EN CINCO ACTOS.

El desprecio agradecido.  
—A cada paso un acaso, ó el caballero.  
Amor y Patria.  
Don Juan Pacheco.  
La Calderona.  
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista.  
Los dos Fóscaris.  
Juan de Padilla, 6 cuadros.  
La reina Margarita, en 6 actos.  
D. Ramiro.

*NOTA. Los titulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.*